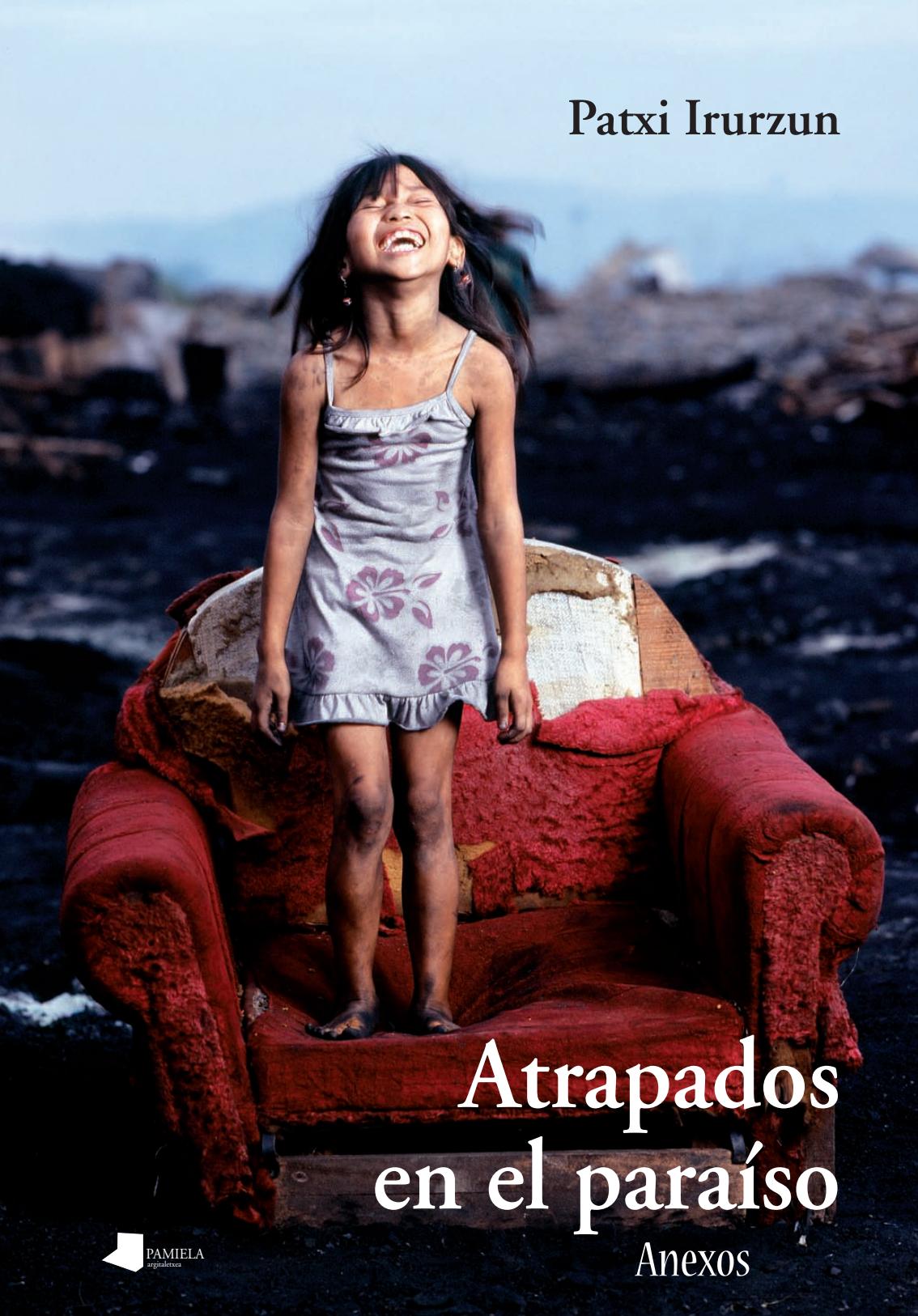


Patxi Irurzun

Atrapados en el paraíso

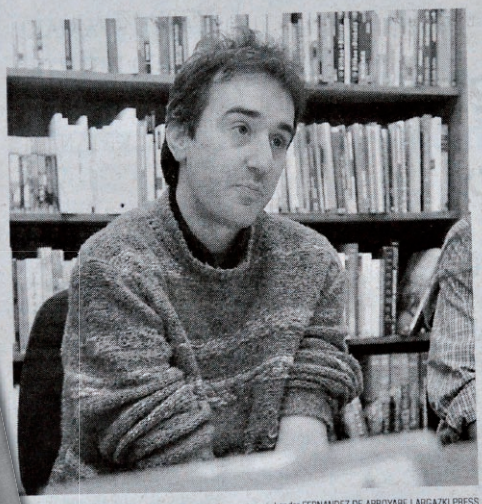
Anexos

PAMIELA
argitaletxea

Patxi IRURZUN | *Autor de «Atrapados en el paraíso»*

«En Payatas, me impactó la dignidad de aquella gente, su alegría»

Patxi Irurzun voló hacia Manila en junio de 2002. En compañía de un fotógrafo, también iruindarra, se acercó al impresionante basurero de *Payatas* y tuvo ocasión de conocer la Is[illegible] estaba en un país cuyo idioma no conocía, tampoco conocía demasiado a mi compañero, lo que me llevó a encer[illegible] poco y a [illegible]



Lander FERNANDEZ DE ARROYABE | ARGAZKI PRESS

escritor Patxi Irurzun, en una imagen de archivo.

DONES | GOBIERNO DE NAVARRA

narrador Patxi urzun gana el Premio a la Creación Literaria

'Atrapados en el paraíso' le hace [illegible] galardón que conlleva

Patxi Irurzun gana el Premio a la

PROTAGONISTA

PROMOCIONAR [illegible]

ESCENARIOS. CUALIDAD QUE EN ESTA OCASIÓN LE HA LLEVADO A GANAR EL PREMIO DE LE[illegible]

patxi irurzun

UN VIAJERO DE LA LETRA

Fernando F. Garayoa

El chantreano Patxi Irurz[illegible] galardonado el pasado [illegible] con uno de los dos millo[illegible] pesetas con los que El País [illegible] dotó a la [illegible] Vaq[illegible] zun [illegible] goría [illegible] a sure[illegible] *tálogo* [illegible] *nos*). E[illegible] prend[illegible] entrega[illegible] Irurzun [illegible] CAMAL [illegible] ñar tanto [illegible] teraria, er[illegible] vela de ap[illegible] *Entre el re*[illegible] laparta).

El relat[illegible] Irurzun está [illegible] de semana [illegible] más o meno[illegible] cada categori[illegible] na), los concu[illegible] tre varias opci[illegible] plonés eligi[illegible] curiosos. "Elvi[illegible] siempre de un[illegible] fotos. Cuando n[illegible] di cuenta que [illegible] fondo y lo que sol[illegible] sonajes", explica [illegible] escribirlo tambié[illegible] menos, original. E[illegible] en varios párrafos [illegible] les está centrado en un *mon*[illegible] aunque todos ellos comienz[illegible] misma idea con la que term[illegible] terior. "El texto fue como la v[illegible] fotografías (párrafos) de ca[illegible] que visitamos. El recorrido l[illegible] mos en función de una tipic[illegible] París, aunque hay paradas, c[illegible] cementerio, que surgieron p[illegible] lidad. Una vez allí, busqué la [illegible] Guy de Maupassant porque [illegible] los escritores que más me g[illegible] todas maneras, cuando viajo [illegible] fijarme más en el paisaje hu[illegible] en los monumentos", matiz[illegible]

No se puede decir que e[illegible] navarro sea un asiduo de [illegible] menes, "más bien cuand[illegible] un concurso coincide con [illegible] ya tengo escrito, me presen[illegible] escribo para los concursos [illegible] Irurzun.

Una vida llena de letras

Al margen del premio, Pat[illegible] publicará en breve su segun[illegible] *Entre el relámpago y el trues*[illegible] ción discurre en Jamerdá[illegible] nimo de vertedero), ciudad[illegible] ria en la que también tran[illegible] primera novela, *Cuestión d*[illegible] *vencia*. El libro narra el enc[illegible] grupo de trabajadores de un[illegible] visto a través de tres person[illegible]

FICHA

Patxi Irurzun nació en 1969, es decir, que en la actualidad tiene 32 años. Antes de alcanzar este galardón ya había recibido otros premios, entre ellos el de el Ayuntamiento de Palencia, gracias al cual pudo publicar su [illegible]

El Gobierno edita 'Atrapados en el paraíso', de Patxi Irurzun

EL LIBRO DE RELATOS DE VIAJES RESULTÓ GANADOR DEL **PREMIO A LA CREACIÓN LITERARIA DE 2004**

PAMPLONA. El departamento de Cultura y Turismo-Institución Príncipe de Viana ha publicado el libro de relatos *Atrapados en el Paraíso*, del que es autor Patxi Irurzun, fundido, quien logró con esta obra el Premio a la Creación Literaria 2004.

Este premio se convoca todos los años para promover la creación en poesía, narración y ensayo. El galardón está dotado con 5.000 euros y el compromiso del Gobierno de Navarra de editar la obra premiada, que se vende al precio de 8 euros y está disponible en el Fondo de Publicaciones del Gobierno de Navarra (Sancho de Tidoras, 21) y en librerías. Ofrece una tirada inicial de 750 ejemplares.

Atrapados en el paraíso es un libro de viajes, escrito en forma novelada, que narra la experiencia del autor en su periplo por Filipinas y en Papúa Nueva Guinea y la mirada adquirida con carácter mas etnográfico. Papúa Nueva Guinea, al norte de Australia, tiene más de 700 etnias distintas, alguna de la cuales no conocieron la rueda hace sólo 30 años. El humor es una de las características que distinguen a este libro de otros relatos de viajes al uso. El autor se aleja de la imagen del aventurero para acercarse al viajero corriente, observador divertido de una cualidad autorea y narrador de toda clase de pequeñas adversidades, tales como los difíciles cuidados del idioma, el contraste de las costumbres, la precariedad de los sistemas de transporte y el bienestar, otra, que son en ocasiones fuente de comicidad.

El viaje que sirvió al autor para escribir *Atrapados en el paraíso* tuvo su origen en otro premio literario que obtuvo Irurzun, otorgado por la editorial El Paño Aguilar y dotado con 6.000 euros para gastar en un solo viaje. El libro ha sido finalista del Premio Desnivel para libros de viajes, incluido y premiado.

Patxi Irurzun, en una imagen de 2004. EFE/ JAVIER BERGASA

DETALLES

Patxi Irurzun, ayer, durante la presentación del premio para *Atrapados en el Paraíso*.

Patxi Irurzun consigue el Premio a la Creación Literaria con un libro sobre viajes

■ 'Atrapados en el paraíso' viaja por Filipinas y Papúa

Atrapados en el paraíso

En el año 2002 Patxi Irurzun ganó el I Premio de relatos de viajes de El País-Aguilar: seis mil euros para gastar en un solo viaje. Decidió irse a Payatas, uno de los mayores basureros del mundo, en Manila (Filipinas), y a la indómita Papúa Nueva Guinea. *Atrapados en el paraíso* es el relato de ese periplo. Un libro de viajes «que nadie ha escrito; hermoso, intenso» en palabras de Miguel Sánchez-Ostiz, que es además una novela de amor, un diario íntimo, una divertida crónica periodística (el Mr. Bean de la literatura de viajes, se ha definido a sí mismo Irurzun en alguna ocasión)… Publicado por primera vez en 2004, tras ser finalista del Premio Desnivel y ganar el Premio a la creación literaria del Gobierno de Navarra, a lo largo de una década *Atrapados en el paraíso* no ha dejado de ganar adeptos, un nutrido y fervoroso grupo de lectores que lo recomiendan en clubs de lectura, bibliotecas o institutos, lo regalan desde los escenarios en conciertos de rock, lo estudian en universidades… En esta nueva y revisada edición, se añaden las impresiones de algunos de esos lectores, como Antonio Orihuela, Yeon-Soon Kim, Kutxi Romero, David González o Jorge Nagore, un nuevo prólogo del autor y el relato con el que ganó el premio de El País-Aguilar y con el que todo empezó.

Patxi Irurzun
(Pamplona, 1969)

Es autor del diario *Dios nunca reza*; las novelas *Oh, Janis, mi dulce y sucia Janis!*, *Cuestión de supervivencia*, *Ciudad Retrete* y *Odio enamorado*; los libros de cuentos *La tristeza de las tiendas de pelucas* (finalista del Premio Setenil 2013 al mejor libro de relatos), *Ajuste de cuentos*, *Cuentos de color gris*, *Cuentos sanfermineros* y *La polla más grande del mundo*; y de la recopilación de artículos *Mi papá me mima*. Ha escrito y publicado además –o a pesar de todo lo anterior– literatura juvenil e infantil. Es ganador de varios premios literarios y ha participado en diversas antologías entre las que cabe destacar *Golpes. Ficciones de la crueldad social* o *Cuentos de fútbol* (en italiano). Junto con Vicente Muñoz coordinó el libro de homenaje a Bukowski, *Resaca/Hank Over* y con Esteban Gutiérrez *Simpatía por el relato. Antología de cuentos escritos por rockeros*. http://ajustedecuentos.blogspot.com

ÍNDICE

Anexo I

Lo que se ha dicho y escrito sobre *Atrapados en el paraíso* 5
Miguel Sánchez-Ostiz 5
Ana Grandal..... 6
Daniel Burgui Iguzkiza..... 7
Carlos Erice Azanza..... 15
Jaime París 15
Oscar Sipán..... 20
Eduardo Laporte 20
David González..... 21
Pablo Cerezal 22
David Murders..... 26
Josu Arteaga 29
Sor Kampana 30
Kutxi Romero 31
Antonio Orihuela..... 34
Jorge Nagore 34
Vicente Muñoz Álvarez 35
Club de lectura de Cirauqui-Zirauki 36
Esteban Gutiérrez..... 36
Gsus Bonilla..... 36
Joaquín Carbonell 37
Daniel Sancet Cueto 38
Alejandro Pedregosa 39
Carlos F. Romero 40
Carla Badillo Coronado 40
Francisco Javier Irazoki..... 41
Club de fans de Patxi Irurzun..... 41

Anexo II

Ulises III
(Prólogo a la primera edición) 43

Anexo III

Poetas muertos (Catálogo estival de personajes parisinos)
(Texto ganador del I Premio de relatos de viajes de El País-Aguilar) 47

Anexo IV

Mundo basura
(Reportaje publicado en el semanario Dominical) 53

Anexo V

El mundo de *Atrapados en el paraíso* en otros textos del autor.....61

La bella y la bestia echan un casquete en el basurero
Capítulo de la novela *¡Oh, Janis, mi dulce y sucia Janis! Memorias de una estrella del porno (amateur)* (2013)..... 61

Peteuve en los infiernos
Pasaje del cuento *Peteuve en los infiernos* incluido en el libro de relatos *Cuentos sanfermineros* (2005)..... 68

¿Qué ha sido de ti, Jocelyne?
Colaboración para *Diario de Noticias de Navarra*..... 71

Anexo I

Lo que se ha dicho y escrito sobre *Atrapados en el paraíso*

Miguel Sánchez-Ostiz

El delirio

Vivir de buena gana (Alberdania, 2011).

Hace unos meses, un desconocido para mí, entonces, me escribió pidiéndome autorización para utilizar unos versos de un largo poema, *Carta de vagamundos*, para una canción de rock, o eso al menos es lo que le entendí. No tenía ni idea de quién era. Kutxi Romero, del grupo Marea. Sabrá disculparme. Tampoco me enteré de que era Albert Pla quien iba a recitar esos versos. Me pareció un detalle generoso por su parte que se acordara de un libro perdido.

No enterarse de nada es más fácil de lo que parece. Si no estás atento, lo mejor de tu época te pasa inadvertido. Para cuando has querido darte cuenta, no es que haya pasado el tren, sino que han quitado hasta los raíles. Se los han llevado. Para chatarra.

Lo mismo me pasó con un escritor de Pamplona, amigo del anterior, Patxi Irurzun, un narrador de verdadera valía que se mueve por territorios marginales, provocativos, muy de tabues literarios, todavía, para una sociedad literaria demasiado ligada al poder político o mediático, muy dependiente de estos, en la que el buen y el mal gusto es una cuestión que se mide con ponderal.

Irurzun tiene un mundo literario rico, de mucho tener los pies en el suelo y los ojos bien abiertos, sin preocuparse de si su entorno o sus decorados tienen o no prestigio literario. El prestigio literario se lo da él con su forma de expresarlo. […]

Por si fuera poco, Patxi Irurzun tiene un libro de viajes que nadie ha escrito en España, porque ese tipo de viajes no se hacen, no son comerciales, no son turísticos ni de lejos. Un libro hermoso, intenso, que habla del viaje primerizo, cuando quien lo hace y escribe no tiene mañas, y así es como aparece en escena, sin ponerse como un campeón, que es como hay que ponerse para tener éxito. […] Se trata de *Atrapados en el paraíso*, un viaje al basurero de Manila, el de Payatas, donde más de cincuenta mil personas viven de las basuras […].

Ana Grandal

Las primeras líneas que leí de este libro fue en un autobús destartalado camino del Caracol de La Garrucha, en pleno territorio insurgente zapatista. A Patxi, un viaje le llevó a otro viaje, de las montañas de basura humeante de Manila a la brumosa Sierra Lacandona. Cuando, un tiempo después, pude disfrutar del texto completo y escuché su verdadera voz –la voz interior– me partía de la risa (y por partida doble): todo aquel que conoce a Patxi sabe de su natural timidez (como se decía en tiempos antiguos), pero sus descuajeringantes aventuras filipinas me ayudaron a comprender mejor su presencia en aquel periplo mexicano. Y es que no se trata de hablar por hablar, ni de viajar por viajar, ni de escribir por escribir: detrás del Patxi de carne y hueso late siempre el compromiso, con el mundo, con las injusticias sociales, con las luchas grandes y, especialmente, pequeñas. Como el pequeño regalo que llevaba para las niñas y niños chiapanecos del Municipio Autónomo y Rebelde Ricardo Flores Magón: un libro (no podía ser de otra forma) diminuto, en el que Patxi narra la historia de un cangrejo valiente, que se atreve a nadar a contracorriente y que pelea hasta su último aliento. Y, ah, se me olvidaba: ¡Qué viva Zapata, cabrones!

Daniel Burgui Iguzkiza

Patxi Irurzun me desvirgó

Siempre tiene que haber una primera vez, aquella fue la mía. Era verano, a él ya le asomaban algunas canas en la barba, llevaba una camisa algo hippie con algún botón abierto de más enseñando *pecholobo*; y yo, en cambio, era un jovencito de 21 años que aún se le irritaba la piel al afeitarse. No sé si me dejé invitar yo o se dejó invitar él a aquel café. No lo recuerdo. Sé que todo fue muy tranquilo, sereno, entretenido e incluso divertido. Me hizo sentir cómodo y que llevase yo las riendas de aquella situación, obviando mis torpezas. Así fue como perdí la virginidad con Patxi Irurzun. Editorialmente.

Era el año 2006 y a mi aún me faltaba un curso para terminar la carrera de Periodismo. Hacía apenas una semana había comenzado como becario unas prácticas de verano en un periódico local. Durante esos tres meses venideros iba a hacer bastante la calle y experimentar por primera vez la responsabilidad de escribir más mal que bien en papel, lanzarlo en una rotativa y que al día siguiente algún distraído leyese alguna de mis crónicas, que camufladas entre el resto de páginas, contaban la última hora sobre vacas fugitivas en encierros, costilladas populares y reportajes de tinglados políticos de poca monta. Y en general, picar todo tipo de textos, que para algo era yo el último mono en haber entrado en aquella redacción… junto a otra veintena de becarios.

¡Éramos tan blanditos y tan inocentes! En aquella época, por suerte, aún había en la redacción del periódico buenos jefes y editores, que adiestraban y cuidaban a los novatos, que no sabíamos ni por dónde nos daba el aire. Aquel verano mejoré mucho. Pero además tuve un golpe de suerte, el subdirector del diario pensó que yo era capaz de hacer algo más que la o con un canuto. Así, decidió que echase una mano en el suplemento de verano y me encargase de las entrevistas que iban en la contraportada de aquel cuadernillo. Debía buscar personajes populares o interesantes y hacerles la típica entre-

En Manila.

Junto con Maxime.

vistilla corta, «fresca» y divertida para leer después de un chapoteo en la playa, la piscina o la barra de un chiringuito.

El escritor Patxi Irurzun. Fue el primer personaje que me tocó entrevistar. ¡Y menudo personaje! Quedamos a primera hora de la tarde para tomar un café en el Niza de Pamplona. Aunque luego se publicaron cuatro líneas, Patxi se sentó allí y me regaló su tiempo, sin mirar al reloj y charloteó a sus anchas. La conversación se alargó muchísimo. Y ocurrió en ese lapso de tiempo distendido algo insólito y nuevo para mí: Patxi fue la primera persona en mi carrera que me trato en consideración de periodista, que me tomó en serio y me trató como igual, me dio consideración de escritor. Algo que para mí en aquella época y en aquellas circunstancias sonaba absolutamente marciano. En un momento de la entrevista Patxi me interrumpió y me preguntó: «Y tú, ¿ya escribes? ¿Qué sueles escribir?».

Había en su pregunta un interés honesto y sincero, una curiosidad verdadera. Supongo que como en casi todo lo que hace. Pero a miíaquello me noqueó y no supe ni qué contestar. En mi cabeza había un embarruntamiento sincero, también. En aquel momento, esas consideraciones me resultaban absolutamente lejanas.

El titular que escogí para aquella entrevista ha sido una idea que después me ha acompañado durante mucho tiempo: «Me incomodan los que creen que escribir es una afición, para mí es una necesidad». Patxi me contó cómo lo de ser escritor solo había sido sostenible haciendo malabarismos con otra media docena de empleos desde bibliotecario, barrendero u operario de fábricas; pero que cuando contaba que también escribía, le molestaba que se lo tomasen a guasa.

«Los mayores disgustos me los he encontrado en entrevistas de trabajo o con gente que cree que ser escritor es un *hobby* o afición, pero para mí es una necesidad. Tampoco ayuda la imagen que se ha creado del escritor, he conocido escritores que son unos frikis muy extraños. Ellos mismos se han construido esa identidad para remarcar que son escritores y tienen que ser necesariamente extravagantes y bohemios», me decía entonces.

Aunque trató de disimularlo así con esa frasecita, yo ya sabía que él era un chalado. Yo era periodista en ciernes, sí, pero ya empezaba a ser un maniático de mi profesión y me había documentando hasta el tuétano antes de sentarme a hablar con él: sabía de sus libros, de sus cuentos macarras, del fanzine que editaba y sabía que había ganado el premio a la Creación Literaria del Gobierno de Navarra en 2004 con *Atrapados en el paraíso*. A lo largo de la entrevista abordamos el tema, sí, pero yo seguía pensando «¿Qué clase de majadero se gasta seis mil euros de un premio literario en marcharse a un vertedero en las antípodas? Esto tío está fatal».

Paradójicamente marcharse a aquel vertedero de Payatas, como él cuenta, le salió bien y ganó otro concurso literario. Pero, sobre todo, como reconoció en la entrevista, fue el verano que le cambió la vida. Y en el que además conoció su pareja y a la mujer de su hijo.

Han pasado ocho años desde aquella entrevista en el café Niza, y yo recuerdo y guardo aquella página como uno de los primeros hitos de mi ecléctica carrera periodística. En este lapso de tiempo, Patxi Irurzun y yo nos hemos cruzado un par de veces, muy tangencialmente, a veces incluso aunque él no lo sepa. Y han pasado muchas cosas. Una de ellas, la reedición de este libro, que diez años más tarde de que se publicase por primera vez, en 2004, lo releo y cobra para mí una dimensión extrañísima y loca, casi providencial.

Hacía ya un año o dos, que Patxi y yo nos habíamos cambiado un par de mails. Patxi me escribió en 2011 para felicitarme por una crónica que yo había escrito en el periódico, sobre una ginecóloga en la república de Kirguistán. Cuando le entrevisté aquel verano de 2006, yo apenas había salido de Pamplona, lo más lejos había ido en autobús a París y no había tomado un avión en mi vida. Siempre fui un niño un poco miedica, atolondrado, sí; pero no muy dado a la aventura. En la vida, suplí esas cualidades con virtudes como la cabezonería, la constancia y la curiosidad. «Lo fundamental es ser constante, confiar siempre en uno mismo y llamar a mil puertas hasta que alguna se abra», me dijo Patxi aquella vez.

Bueno, pues después de aquellas prácticas de verano, siguieron otras más al verano siguiente en Pamplona. Y después, un año de trabajo en un gran medio digital de Madrid, donde fui muy pobre y feliz. Aquel tiempo, que de haberse alargado me hubiese conducido hacia un trabajo estable en el claustro de una redacción, atado a la pata de un escritorio, fue efímero y terminó con brusquedad, precipitado con la excusa de la crisis. Lo cual para mi fue un golpe de suerte. Lo reconozco.

La hecatombe de la crisis se cruzó en mi carrera y comenzaron a despedir gente en todos los medios de comunicación y a no contratar a nadie nunca más. A mi también. Esta coyuntura de inestabilidad rescató mi vida de un futuro más anodino y correcto, quizás mucho más ordenado y convencional. Con el que, personalmente, no sé si hubiese sido feliz. Lo que me faltaba de valentía para emprender, escribir y lanzarme, me lo puso la vida a la fuerza. En bandeja. Rompió con el confort al que todo el mundo aspiraba y para mi fue una gran oportunidad.

Quizás ya entonces sabía que lo mío, lo que de verdad me que me gustaba era callejear, hablar con la gente y escribir. Y para eso no necesitaba que nadie me viniese a ofrecer un empleo.

También contribuyó que se cruzasen en mi vida otros amigos escritores igual de chalados, como Ander Izagirre. Así que desde 2008 hasta hoy me he dedicado a sacar historias por mi cuenta, hacer raquíticas colaboraciones en medios y alternar todo tipo de empleos, desde fregaplatos en Londres, portavoz de oenegés, a profesor particular… y un sinfín de miniempleos disparatados que me permitieron mantenerme a flote poco a poco y me dieron el dinero suficiente como para hacer otros asuntos que me interesaban más. Así, viajé a Groenlandia, Islandia, el Sahara, escribí sobre refugiados y revoluciones, redacté una guía turística de Pamplona y tras pasar medio año en el paro, me marché a las repúblicas exsoviéticas de Asia Central a aprender ruso y escribir sobre secuestros de mujeres, cubrí una hambruna en Somalia y me llevé algún que otro premio. En fin.

En las primeras páginas de este libro, *Atrapados en el paraíso*, deja Patxi escrito dos párrafos que ahora al leerlos casi una década más tarde me dan escalofríos: «Tenía 32 años y poco más, solo algunos sueños sencillos, como encontrar a alguien que me quisiera y a quien querer, y la voluntad de ser escritor, que aunque firme comenzaba a resquebrajarse, pues a menudo los sueños, la voluntad, ni siquiera el amor, no llenan el estómago, ni proporcionan lo que se espera de uno para que lo respeten: un trabajo estable, un domicilio fijo, un coche nuevo cada cinco años…

Hasta entonces había conseguido sobrevivir siendo un desecho para la sociedad de mercado gracias a lo que ella llamaría «golpes de suerte»: un cuento mal pagado en una revista de vez en cuando; de vez en cuando un reportaje a doble página en los suplementos de los periódicos; y los premios literarios (los que quedaban sin amañar). Muy de vez en cuando».

Entonces, en 2002 o 2004, no había crisis ni un galopante desempleo juvenil, pero veo que el ser un deshecho para la sociedad de mercado, no se engañen, no ha cambiado en los últimos años. El que aquí les escribe tiene 29 años y aspiraciones sencillas también, pero sin saber que seguía los pasos de alguien como Patxi, he pasado estos últimos ocho años viviendo de esos golpes de suerte, en una pequeña zozobra vital, en la que cada triunfo, cada pequeño paso solo es unos minutos de prorroga en el partido que estamos jugando.

El asunto de por qué está usted leyendo este resumen biográfico mío y no el del autor de *Atrapados en el paraíso*, es por uno de esos golpes de suerte: a finales de 2013, Patxi me escribe y me cuenta que va a reeditar el libro y que le gustaría que me «echase unas líneas» introductorias porque él también recuerda con cariño aquella entrevista de verano.

Cuando Patxi me escribe ese email, yo estoy en Filipinas.

Estas son las vueltas que da la vida. Diez o doce años más tarde, me encuentro como él escribiendo con unos terribles corronchos de John Wayne en los sobacos, en un asfixiante ambiente tropical en el

archipiélago filipino, desesperado por conseguir una bocanada de ventilador, en mitad de un tremendo vertedero, rodeado de más de un millón de metros cúbicos de escombro. Aunque en mi caso, mi vertedero filipino era algo más siniestro y macabro que el de Payatas. El 10 de noviembre de 2013 me marché con la oenegé Acción contra el Hambre a cubrir como periodista y fotógrafo la llegada de la ayuda humanitaria y las secuelas del tifón Yolanda, que devastó por completo las islas de Samar y Leyte a más de 300km/h y mareas de hasta cinco metros. Con casi diez mil muertos.

Me pasé casi cuarenta días caminando en Tacloban entre amasijos de hierros, chatarra, cochambre, cadáveres e incluso barcos encallados; pero fue una experiencia extraordinaria. Agotadora en lo físico, pero reconfortante. Y no hablo, del buenismo o samaritanismo. Ni de experiencias que le cambian a uno la vida y ese blablablá tan cansino de los cooperantes que regresan de uno de esos agujeros del mundo. ¡Qué va! Es todo mucho más prosaico.

Es sobre la gente maja y buena que encontré allí. Esforzada. Tal y como relata Patxi Irurzun en este libro. Así que poco ha cambiado en diez años, el espíritu filipino es impermeable. Son gente afable y unos currelas tremendos. La voluntad y la grandeza, el amor, de algunos de los protagonistas de mis historias y también de las que recoge Patxi en este libro, por salir adelante con dignidad y esfuerzo en condiciones y contextos difíciles, es extraordinaria. Y queda muy lejos del victimismo y el paternalismo.

Por eso, para mi releer ahora *Atrapados en el paraíso* toma una dimensión completamente nueva. De pronto, entiendo qué le empuja a este chalado a marcharse a un vertedero y me veo a mi mismo perdido entre los *barangays*, en atascos infames de Makati al aeropuerto Ninoy Aquino, hinchándome de arroz y hablando chabacano. Y bebiendo San Miguel, que una vez pasados los primeros días después de la destrucción del tifón, es una de esas pequeñeces que levantan el ánimo y reconstruyen el alma.

Pero también leo en este libro a un gran cronista que me trasmite

algo que se echa de menos en el buen periodismo: humanidad, matices, olores, texturas y colores. Con desgarradora honestidad, que es lo que hace que un texto sea auténtico. Y el sentido del humor, que aunque algunos pedantes traten de convencernos que solo la severidad y el dramatismo mueven el mundo yo creo que es una falacia. En estos viajes y en esas vivencias aprendí que la dignidad, el retratar a la gente con cariño y generar empatía –esto es: tratar de meterse de verdad en el pellejo de otro y comprenderlo– está muy unido a tener cierta candidez en la mirada, a no temer a ponerse en ridículo uno mismo, en mostrarse como uno es y dejar el ego aparte. Y en esta tarea, creo yo, el humor es fundamental. Hasta en la más bárbara de las situaciones. No caer en la caricatura ni la mofa, sino el ser buena persona, ser buena gente y no temer el qué dirán.

Le pregunté entonces, en aquella entrevista, también a Patxi sobre su secreto para capturar historias y confesó, que a pesar de ser bastante despistado –algo que se le huele a legua– la clave es ser curioso, observar, tomar notas y hablar con la gente, por raros que parezcan, sin prejuicios.

Releo este libro y pienso en aquella entrevista y me gusta pensar que el poso que quedó en mi aquel verano de 2006 fue mucho más que una impresión de un tipo peculiar que me trató por primera vez con categoría de escritor.

Patxi me pidió este texto apurado por su editor y yo se lo entrego casi fuera de plazo, pero es que este fin de semana ocurrió algo providencial que él no sabe. Me acaban de entregar un premio. Me lo comunicaron el viernes. Es el XV Premio Joven de Comunicación de la Universidad Complutense. Son seis mil euros. No creo que me os gaste en viajar a un vertedero, pero quién sabe. Ya no me parece una majadería.

Parece ser, que sí, que es importante escoger bien a alguien para tu primera vez. En mi caso me alegro enormemente de que fuese Patxi Irurzun.

Carlos Erice Azanza

De cómo llegué al paraíso

Hace unos cuantos años, entre vino y pintxo, me dio por escribir una novela y, manda huevos, presentarla al Premio a la Creación Literaria del Gobierno de Navarra. Más listo que nadie, quise comprarme el libro ganador de la anterior convocatoria de narrativa.

Por curiosidad.

Por sondeo del mercado.

Por un ver por dónde iban los tiros del jurado.

Sí, ya sabéis, el premio de 2004, que se lo llevó *Atrapados en el paraíso*, un tal Patxi Irurzun, al que no conocía de nada –en aquella época yo solo leía a Ken Follet– y cuya lectura no sé si me sirvió de algo. Más bien, de poco. Porque a aquella convocatoria concurrieron cinco libros y el premio fue declarado desierto. Ya. Aunque, curiosamente, unos meses después, con la misma novela, gané un concurso en Castilla La Mancha.

Pero esa es otra historia…

Lo que quiero decir es que, cuando descubrí este *Atrapados…*, y con él a Patxi, dos cosas me quedaron claras.

Una, que jamás sería capaz de escribir con la fuerza y la belleza con la que él lo hace.

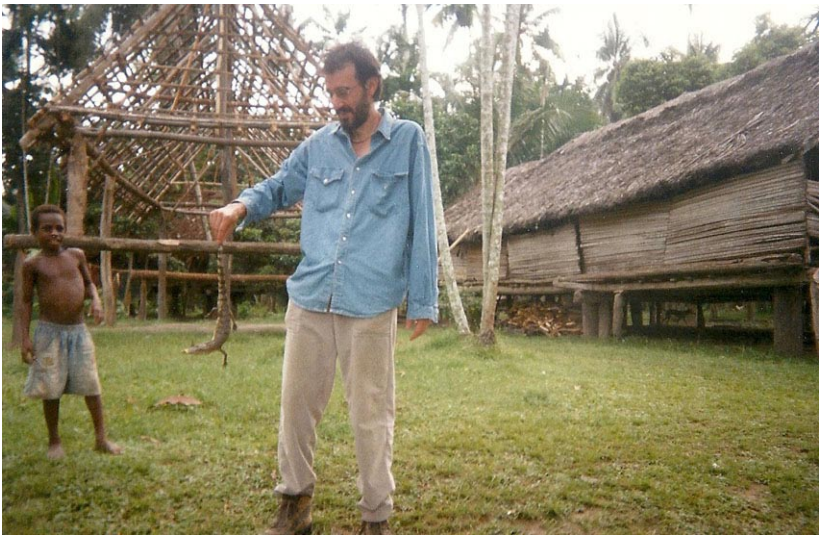
Y dos, que yo también quería ligarme a la chica más guapa del *barnetegi.*

Jaime París (Universidad de Rutgers, New Jersey)

12 de febrero de 2014

Hola Patxi:

Me llamo Jaime París y curso estudios graduados en literatura en la Universidad de Rutgers en New Brunswick, Nueva Jersey en EEUU. Acabo de terminar tu libro *Atrapados en el paraíso*, el cual



Cocodrilo en mano.

Con Felix y Cocodrilo Dungee.

forma parte del currículum en una clase que explora el tema de lo asiático en la literatura española. La clase se reúne este jueves y vamos a charlar sobre tu trabajo. Te escribo simplemente para felicitarte por tu obra y agradecerte el buen rato que he pasado estos últimos días leyéndola.

2 de marzo de 2014

Hola Patxi:

Nos reunimos y charlamos acerca de tu libro. Como preparación también leímos la introducción a dos libros teóricos en inglés. El primero fue: Dekard, Sharae. *Paradise Discourse, Imperialism and Globalization: Eden*. «Paradise and Modernity.» 1-24. El segundo fue: Lisle, Debbie. *The Global Politics of Contemporary Travel Writing*. «Introduction: the global imaginary of contemporary travel writing.» El capítulo de Deckard trata la idea del paraíso y sus diferentes transmutaciones a través de los tiempos. El capítulo de Lisle trata del género de la literatura de viajes. Este fue nuestro marco teórico. Voy a contarte brevemente sobre algunos de los temas de interés de los que hablamos. Los temas fueron aportados mayormente por la profesora Yeon-Soon Kim, quien es la verdadera crítica entre nosotros y una genio a quien admiramos con devoción bochornosa. Este es un breve resumen muy informal e incompleto.

Un tema que surgió durante la charla que me pareció de particular interés fue el del énfasis en la movilidad vs la inmovilidad. Parte de la frustración de los personajes en el libro fue la frustración de los viajeros, de tener que navegar las vías de transportación, de tener que esperar un día tras otro en varios lugares y la odisea que significó salir de PNG y Manila. Se indicó más tarde cómo esta inmovilidad apuntaba al desequilibrio social en la época de la movilización. Si lo entendí bien, porque no es idea mía sino que la aportó la profesora, el nivel de inmovilidad se relaciona con el nivel de pobreza y viceversa con el nivel de riqueza. En todo caso, la movilidad representa una herramienta del poder en la modernidad. En el libro,

cuando van a visitar a los de la alta sociedad, los personajes (ya sé que eres tú, pero te imagino un poco enmascarado literariamente a lo Javier Cercas) toman una carretera libre de todo tráfico mientras que cuando no tienen un centavo se quedan atascados en el centro de Manila. Interesantemente, esta cuestión se personaliza en Josean cuando tiene esa alergia tan extraña en la pierna.

Otro tema interesante fue la comparación entre la representación fotográfica y la literaria. Las diferencias en el método artístico de representación que usa Josean y el que usa Patxi. Por ejemplo, el de Josean es muy inmediato y necesita un planteamiento bastante cuidadoso. Aunque en aquellos tiempos se podían hacer modificaciones en el estudio y hoy en día se pueden usar filtros digitales, su representación queda básicamente fijada después de apretar el botón. Patxi, por otra parte, toma apuntes pero no empieza el proceso de representación hasta más tarde cuando escribe y publica el libro. La representación literaria le da la oportunidad de representar después de la conclusión de los hechos. Hablamos de algunas de las repercusiones de la diferencia de estos métodos.

Saltando al tema del paraíso, la profesora nos hizo ver cómo *Atrapados en el paraíso* se puede leer como una reinterpretación del paraíso. Por ejemplo, el pueblo en la que vivía la matriarca lesbiana (perdona, no me acuerdo su nombre en este momento), representaba al paraíso como el lugar donde se encuentra la solidaridad. Esta me pareció en realidad una idea muy bonita. Por otro lado, Pamplona se puede leer como el nuevo paraíso, ese que tienes que dejar por un tiempo para darte cuenta del significado que tiene para ti.

Hablamos también del aporte del libro a la literatura de los libros de viajes. Lisle, la autora del artículo, propone el argumento de que los libros de viajes cometen el error de repetir la visión cultural que tienen del otro el grupo de lectores al que va dirigido el volumen. Lisle usa ejemplos de libros de Bryson y Theroux para apoyar su punto de vista. Durante la clase, la profesora opinó que tu libro no se implica como indica Lisle por múltiples razones. Primeramente,

no se establece una jerarquía entre los viajantes y los locales. El sentido del humor rompe con esto. Los viajantes en tu libro, Patxi en particular, son capaces de reírse de ellos mismos. Además, tu libro critica a la comunidad expatriada en Manila en vez de glorificarla. También es importante que no hay una representación exótica de las Filipinas y que el libro busca recalcar la dignidad de los pobres.

Bueno, cubrimos un poco más el tema pero por hoy voy a tener que dejarlo aquí. Espero escribirte pronto con un poco más (si te es de interés). Es una pena que no haya leído tu libro antes ya que ahora estás cerca de la reedición y no voy a tener tiempo de aportar nada formal por estar en pleno curso. Hubiese sido un proyecto fenomenal para el verano. Pero bueno, de todas formas es un verdadero placer poder comunicarme con el autor de uno de los libros que he leído. Debe de ser un poco extraño para ti que estemos charlando de tu trabajo (y en parte de tu vida) al otro lado del mundo. Lo mágico de escribir un libro, ¿no? Ahí queda tu huella y nunca se sabe quién la va a encontrar. Te dejo con la lista de novelas que están en el plan del curso para que puedas ver a quién más estamos leyendo dentro de un contexto similar.

- Abreu, Martín. *La sociedad negra*. Barcelona: RBA, 2013.
- Barrios, Nuria. *El alfabeto de los pájaros*. Barcelona: Planeta, 2011.
- Blasco Ibáñez, Vicente. *La vuelta al mundo de un novelista*. Buenos Aires, Prometeo, 1924.
- Gil de Biedma, Jaime. *Diario del artista seriamente enfermo*. Barcelona: Lumen, 1974. (escrito en 1956)
- Gironella, José María. *China, lágrima innumerable*. Barcelona: Planeta, 1965.
- Irurzun, Patxi. *Atrapados en el paraíso*. Pamplona: Institución Príncipe de Viana, 2004.
- Vázquez Montalbán, Manuel. *Los pájaros de Bangkok*. Barcelona: Planeta, 1983.

Un abrazo,
Jaime

Oscar Sipán

Siempre que me invitan a dar una charla en un instituto cuento la historia de Patxi Irurzun y *Atrapados en el paraíso*. En los ojos de los chicos y chicas veo arder la esperanza.

Eduardo Laporte

No recuerdo cómo empecé a leer a Patxi Irurzun. Era un nombre recurrente, sobre todo en las latitudes forales, así que un día me decidí a comprar *Atrapados en el paraíso*, en algún remoto recodo comercial de internet. La edición, debo decirlo, me pareció jodida. Pesada como el plomo gris del color de su portada, no presagiaba las aventuras llenas de color, basura y sudor que había en el interior. Me lo llevé al café Ajenjo de Madrid, cerca de la plaza Dos de Mayo, que es un lugar de esos de tiempo detenido ideal para llevarte una novia o leer en soledad. Pocas veces, y este es un dato objetivo en las antípodas de la hagiografía fácil, me he quedado tan atrapado no en el paraíso, sino en un libro. *Atrapados en el paraíso*. Fueron dos horas sin levantar la vista de aquel librito que me ofrecía una prosa ágil y adictiva, una literatura sin ostentaciones diseñada a medida para el lector, que era yo. Patxi Irurzun dio lo mejor de sí en ese libro, al combinar el tono del diario íntimo con el entusiasmo de la crónica de viajes. El lugar elegido también enganchaba al lector, una especie de sucursal del infierno en la tierra, el vertedero de Payatas, que sin embargo, y por imposible que pareciera, también ofrecía cachitos de alma y humanidad. Ese es el mérito de Patxi Irurzun, el de recolectar perlas entre tan descomunal montaña de mierda y presentarla en toda su pureza al lector. Un libro que estaba pidiendo a gritos una reedición en condiciones y que hoy celebramos que así sea.

DAVID GONZÁLEZ

La boda
Una tarántula sube por la camiseta de José.

José aprieta a su muñeca contra su cuerpo,
en el día de su boda. La muñeca tiene

las canillas zambas,
un cuerpo de cicatrices,
y sus cabellos de oro son fideos, mondaduras de limón
y gusanos.

CRISTO VIVE.
Muchá, huelepegas y mareros se agachan.
Pero no rezan.

Un velero encalla en la cabeza de Lilian.

Lilian se adormece entre montones de desperdicios,
en el día de su boda. Está chupando

un bote de champú, sucio y grasiento,
como si se tratara de su primer chupete, igual.

Los muelles del somier
que cargan a cuestas los invitados
componen una alambrada de espinos.

CRISTO VIVE.
Ancianos y ancianas doblan la rodilla.
Pero no rezan.

Lilian y José brindan con vasos de plástico por un futuro
de perdices. Su futuro, sin embargo, es el de los dos globos
que engalanan su covacha, y en los que están escritos
sus nombres: Lilian y José y José y Lilian.

Nunca se elevarán al cielo.

Alguien los pinchará antes
e irán a parar directamente

al cubo
de la basura.

Pablo Cerezal

Irurzun, ese viajero

Acostumbrado como estaba, un servidor, a deambular geografías y sensaciones por las cuatro esquinas de este esquinado planeta, no hace mucho que tomó la decisión inconsciente de abandonar los relatos de sus peripecias viajeras. Ocurrió hace poco, tras mi momentáneo regreso de Bolivia, cuando una buena amiga me preguntó por qué había escrito tan poco sobre mi experiencia andina. Respondí con un párrafo de silencio. Instantes después, pude saborear con deleite, como si de un exquisito vino se tratase, los intensos taninos de la ausencia de comentarios. Compartimos, mi amiga y yo, una deliciosa copa de silencio. Hoy, al intentar glosar la obra de Patxi Irurzun, *Atrapados en el Paraíso*, comprendo el por qué. Por vez primera viajé con ausencia de ánimo viajero, solo con la intención de acompañar la vida ajena y no, simplemente, de contemplarla. Es por eso que pocas palabras guardo en los bolsillos de la memoria para hablar de Bolivia: porque no he viajado a Bolivia sino que allá

vivo, y los días de un puñado de chavales que trabajan para ganar su pan y el de sus familias, cuando aún no llegan a inaugurar la edad de jugar, son los únicos renglones que puedo sacar en claro de mi estancia en dicho país.

No hizo lo mismo Irurzun, durante el trayecto que le llevó por tierras filipinas y papúes. Al contrario, se empapó de sensaciones de esas que deben transmitirse, compartirse, explicarse… al menos si sabes hacerlo con pareja maestría a la que el autor demuestra cada vez que se sienta frente a la página en blanco. Y de cualquier manera, menos en blanco, sobrevive el lector al atropello de humildad, honestidad, humanidad y cercanía que Irurzun perpetra en el volumen de que hablamos. Con una clarividencia pocas veces encontrada en aquellos que pretenden hacer literatura de sus vagabundeos, el autor destierra cualquier autocomplacencia artística para regalarnos una anomalía literaria y vital en la que su propia persona, y no las de aquellos que en su camino se cruzan, sale todo lo mal parada que debería quedar la de quienes en algún momento de nuestras vidas nos hemos sentido avezados viajeros. Porque no glosa sus habilidades de trotamundos ni su pericia de vagamundos. Al contrario, logra que el lector desprejuiciado se asome a ese espejo deformante en que el reflejo hace mofa de su propio acomodo para incitarle a preguntarse: ¿para qué viajas, si no es para vanagloriarte ante el prójimo?

Porque, en exceso, escuchamos (incluso de nuestros propios labios) yo soy viajero, no turista, viajo para conocer otras culturas, para aprender a no dar lecciones, siempre voy ligero de equipaje, me olvido de las comodidades para mejor empaparme de la vida local, en los lugares remotos es donde descubres que todos somos iguales, etecé, etecé, *ad nauseam*.

¡No! ¡Que no! Es lo que deja claro Patxi Irurzun en esta inigualable sinfonía vital y literaria: viajamos porque nos lo podemos permitir económicamente, lo hacemos con la maleta cargada de prejuicios, odiamos estar en el extranjero y no poder comunicarnos, ansiamos a los quince días regresar al pincho de tortilla y el bocata de panceta,

Apan.

echamos en falta las cómodas zapatillas que dejamos en casa porque no cabían en la maleta, deseamos regresar a la levantina costa de chiringuito y bronceado *express*, nos gustaría enseñar educación a aquellos que se cruzan en nuestro camino y, a ser posible, recolectamos fotografías de niños pobres, que eso siempre da puntos extra a la hora de que familiares y amigos nos consideren unos tipos con especial sensibilidad. El único motivo por el que viajamos es el puro egoísmo de sentirnos más vivos, aunque sea a costa de las miserias de aquellos a quienes encontremos en el camino.

Irurzun viajó hasta tan lejanas latitudes con la sana intención de reflejar periodísticamente la dura lucha por la supervivencia de un puñado de desheredados, entre ellos quienes luchan día a día por ver la luz del siguiente zambulléndose en los kilométricos lodazales de desperdicio que suponen los basureros de Filipinas. Y aunque no hace alarde de sus dotes solidarias y humanas, logra, con su honestidad sensorial y el certero dardo de su verbo, que estas sean evidentes al lector. Porque sobrevuela esta narración de desventuras y desperfectos el poco solidario sentimiento amoroso hacia otra persona. Y es quizás, por ello, por lo que se convierte en el escritor de viajes más humano y verdaderamente viajero de cuantos uno recuerda haber leído. Porque trenza en sus páginas la desgracia y la sonrisa (cuando no, abiertamente, la carcajada) de igual manera que logra hacerlo ese milagro que damos en llamar amor, y el lector experimenta la dicha y el infortunio como lo hacen los enamorados. Porque viaja por egoísmo, con la sana pero egoísta intención de vivir. Y lográndolo, consigue, contradictoriamente, anular todo egocentrismo y mutarse en ese viajero que se pretendiese alguien tan pretencioso como Paul Bowles, por ejemplo.

Decía al inicio que poco he escrito acerca de los casi dos años que ya he vivido en Bolivia. Trabajo allí con niños trabajadores… bueno, ¿ven?, por eso no escribo, ¡ya me estoy apuntando puntos extra! Yo no trabajo, son los niños quienes lo hacen. Afortunadamente, Irurzun no comete ese error, y es por ello capaz de regalar al lector

un delicioso pedazo de pura vida. El día que yo aprenda a hacerlo de manera similar, quizás escriba acerca de Bolivia.

Por cierto, tampoco quiero excederme en el halago, que aunque escriba sobre otro, el que escribe soy yo. Así que: comete un grave error el autor. Escribe, casi a fuego más que a tinta, en el corazón de esta joya: «Sabía que nunca lograría describir un lugar como Payatas, ni mucho menos cómo eran y se sentían quienes allá sobrevivían, que eso era algo que quizás, alguna vez, hiciera alguien que de verdad perteneciera al basurero, no un viajero con tarjeta VISA o un turista de la solidaridad…» Es tramposo, el amigo Irurzun. Mucho. Él es perfectamente consciente de que ha logrado describir no solo Payatas, sino cada uno de los lugares que su pluma atraviesa, en *Atrapados en el Paraíso*.

Irurzun se cree escritor. No le falta razón. Pero un servidor ya considera al literato navarro, además, un auténtico viajero. No dejen de acompañarle en este viaje.

David Murders

Scavenger Poem

Scavenger boy!
Smile to the
Nightmare

You're on!
Bare feet
Since
You was born

The rats!
Run free-er

Than you!

The world's!
Dirt
Rubbish
& work
What do you know 'bout the First World
Over the mountain
Your world is
Heeeeeeeeell…

Scavenger boy!

Your only
Five
But

You know!
Nothing
More
Than
This
(This)
(This)

Make me su-
ffer!
(Boom!)

Revolu!
(Kaboom!)

Your
-
Beau-
-
ty's
-
In
-
My
-
Eyyyyyyyyyyyes…

(Shhh…)

(Shhh…)

Kill me!

Este poema lo escribí en mayo de 2009 tras haber visto un capítulo de Callejeros Viajeros en Manila y sobre todo tras leer un fragmento de *Atrapados en el paraíso* en el que se habla de la muerte de Bertín, líder de los *scavengers*. Yo tengo una «enfermedad» cultural que me impele a utilizar palabras en inglés, especialmente, aunque no solo, palabras que se me quedaron grabadas cuando era más joven y las escuché envueltas en música (único vehículo de palabras en inglés por otra parte). Soy como Alfredo Landa, pero en lugar de con las suecas, con el idioma inglés. La palabra *scavengers* aparece en una canción de Slayer llamada *Fictional reality*. Nunca me han interesado tanto las letras de las canciones de Slayer como el sonido fascinante del inglés en ellas. Pero de esa fascinación surge en gran medida la forma. Tengo esas palabras ahí, como mantras semidormidos, y es como si tuviese que jugar con ellas o expulsarlas de nuevo envueltas

en música; su propio sonido ya es musical. A veces es esa necesidad lo único necesario, lo único que quiere tomar forma. Sin embargo, como otras personas que escriben o hacen cosas similares, si algo me conmueve de alguna manera, si algo se queda conmigo, tiendo a tratarlo de la misma manera: debo hacer algo con ello, tengo que gestionarlo, expulsarlo. Y a veces se da la «feliz» circunstancia de que algo que te conmueve para mal es gestionado de esta manera. Sinceramente, es una gestión egoista de un problema, y no tiene ninguna utilidad, al menos a corto o medio plazo. En este poema creo que se refleja esa impotencia.

Josu Arteaga

Seré breve. *Atrapados en el paraíso* es un gran libro. Uno de los que más he regalado sin duda. A amigos que agradecen la buena lectura y a desconocidos, aprovechando ese «púlpito» del escenario, desde donde entre *rola* y *rola* se lo he regalado a alguien del público a dedo, como se hacen las cosas en este país y en el de abajo también. Creo además que tengo una gran reponsabilidad en lo de agotar la primera edición. Me habré dejado unos cuartos pero las sonrisas cosechadas no me las quita ni la ciclogénesis explosiva de ahora, ni el pedrisco de siempre.

Últimamente he tenido el placer de releerlo al mismo tiempo que lo hacía con *Años inolvidables* de Dos Passos. Cosas de mi mesilla de noche, empeñada en juntar escritores reconocidos, con otros que lo son tanto o más a pesar de la falta de lo segundo. Esto último le vendrá a Patxi porque su raza es la de escritor y su credo perseverar. Cuestión de tiempo. Veáse que lo comparo con un clásico, sin necesidad de exhibir los atributos del coñac Osborne. Seguro de lo que digo pero sin actitud chulesca del tertuliano medio español.

A lo que vamos. Dos libros iniciáticos, de viajes por el mundo retratado en las postales y por el otro, el interior. Dos libros de aventuras entreverados de novela, diario personal y cuaderno de bitácora.

Vitales ambos. Dos Passos, amigo con sus roces del sanferminero Hemingway y Patxi, oriundo de la fiesta que pisaron John y Ernest en esa loca carrera de vivir y que en su viaje a los infiernos, también contó con un compañero, con el que acentuar lo duro del camino asomándose a los abismos del alma humana.

El uno testigo y cronista de hechos históricos y el otro de la vida y la muerte de los olvidados. Vertederos filipinos, últimas fronteras en Papúa Nueva Guinea, niños con los días contados con el dedogancho de remover la miasma y negros con pinturas de guerra descascarilladas. Nada que perder. Dos libros grandes. Uno clásico e imperecedero y otro contemporáneo, a cuyo autor sigo título tras título, con ilusión en cuarto creciente, ahora que la literatura de los grandes nombres me mengua las ganas.

Suelo decir, cuando me envalentono cual tertuliano frente al terrorismo, que alguien cercano, de esos «que escriben, tocan la guitarra, cantan o hacen cortos», dará que hablar algún día. En Zarraluki tengo un candidato. Es seguro.

Olariz, en el año del señor del 2014.

Sor Kampana

…Y al principio fue la palabrasura
Colapsa el corazón del paraíso: obsolescencia programada.
Pura saturación de grasas saturadas: oronda opulencia.
Por las noches, en sus calles bien iluminadas,
niños y niñas soldado saquean nuestros sueños,
forjados en factorías de pesadilla por niños y niñas esclavos.

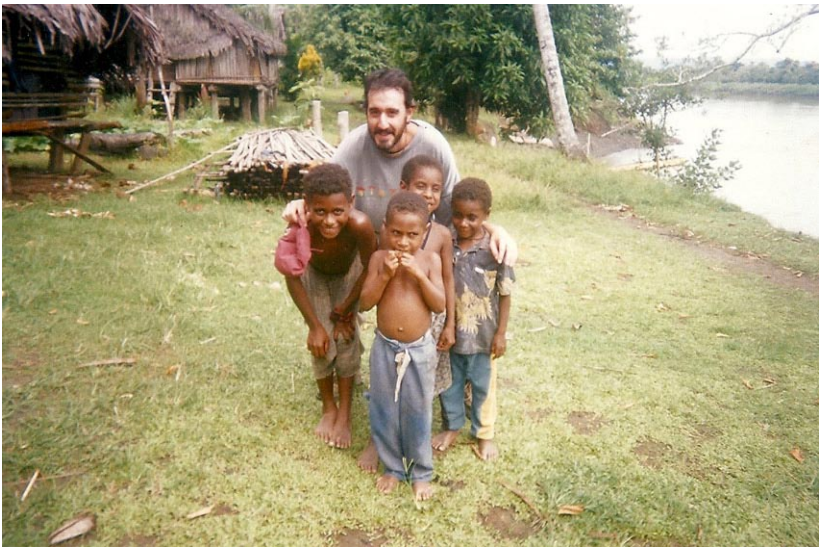
En los vertederos del edén, en pleno infierno,
niños y niñas desechadas ríen y juegan con el barro tóxico,
moldeando con sus pequeñas manos al nuevo ser humano.
Glorioso cáncer,

glorioso virus,
glorioso futuro:
¡bienvenido homo detritus!

Kutxi Romero

El espejo del Patxi

Se lo llevo diciendo al Patxi desde hace un montón de años. Compadre, qué pasa con el *Atrapados en el paraíso*, tío, que es tu mejor libro y está descatalogado y yo estoy hasta los cojones de dejárselo a avergüenzafamilias a los que después tengo que perseguir para que me lo devuelvan y así poder seguir prestándolo. Cabe decir que dicho monólogo por mi parte siempre va envuelto en vapores de espirituosos de alta graduación entre los cuales se difumina el Patxi con la sonrisa hacia dentro y la calada profunda, lo cual me hace pensar que nunca me ha hecho ni puto caso. Y hace bien. Nos conocemos de viejo y es de las pocas personas conscientes de que lo mejor es darme la razón como a los futbolistas. Porque Patxi, tal que los animales y los japoneses, sabe que las cosas son como son y que a ver quién pollas soy yo ni nadie para ir en contra de los designios de la naturaleza, las gónadas propias y ajenas y mucho menos de la literatura. De la suya, claro. Porque ahí sí que estamos de acuerdo. Me atrevo a afirmar que a un servidor le importa tanto la escritura del Irurzun como a él mismo. Por distintos motivos, es obvio. Los suyos los saca en pelotas al balcón de la Plaza del Ayuntamiento en pleno seis de julio, los pone a vender el culo a doblón en los wateres del Eroski, los embriaga de Moët & Chandon y cerveza guarra y los abofetea con una mano mientras con la otra se la casca. En definitiva: los engaña y ellos se dejan. Mis motivos son más pragmáticos; menos valientes. Cuando las ínfulas de escritor afloran y hacen que me plantee dedicarme seriamente al segundo oficio más antiguo del mundo, cojo cualquier libro del Patxi y se me quitan las ganas y todo



Apan.

Sepik con Amos.

vuelve a su ser: Romero, a tus cancioncitas, que por ahí vas bien. Este partido no lo ganas ni saliendo con treinta goles de ventaja. Y a uno, que es más chulo que cagar de pie, que para no ganar ni juega, no le queda otra que encerrarse en sus doce o quince versos de mierda y no asomar mucho la cabeza; no vaya a ser que le saque un ojo este hijo de puta. Literariamente hablando, claro.

El otro día nos encontramos en un concierto de los Bocanada. Hacía tiempo que no nos veíamos el blanco de los ojos. A los dos minutos de conversación se lo volví a preguntar, como siempre: qué hostias pasa con el libro. Él luchaba por mantener la verticalidad mientras intentaba emparejar el extremo de un cigarro con la llama del mechero y yo procuraba no orinarme encima mientras asfaltaba con arcadas de destilados inflamables el parking del polígono, así que recuerdo a grandes rasgos que me dijo que sí, que los de Pamiela lo iban a reeditar y que a ver si le escribía unas líneas. O quizá tan solo tarareamos alguna de los Barri y lo que pasa es que me gusta tanto cómo escribe que las ínfulas antes citadas me han hecho pensar que está ansioso porque le escriba algo. Ni puta idea. Lo que sé es que lo vi irse trastabillando por los sembrados y que yo me desmayé entre dos coches y que no hemos vuelto a saber uno del otro hasta hoy, en el que he sacado de la estantería la primera edición de *Atrapados en el paraíso* y me he dicho: qué pollas.

De la misma manera que no hay que ser un gran analista científico para dilucidar, así a simple vista, que los cojones de Usain Bolt tienen que ser como el hollín, ni que si lo que pisamos huele a mierda y tiene textura de mierda hay un alto porcentaje de que sea mierda, Patxi sabe que esto que tienes en las manos no es un libro: es un espejo. Y lo único que espera es que nos miremos en él y allá nosotros con nuestra cuchara. Y que ante todo, y por encima de todo, le demos la paliza lo menos posible. Y lo hace así, como quien no quiere la cosa, como antes decía; con la comisura remachada y los pulmones incandescentes. Qué envidia. Qué puta envidia.

Antonio Orihuela

Atrapados en el paraíso nos recuerda justamente eso, que el infierno es el paraíso visto desde el otro lado. Un viaje a la miseria de los demás, a la extrañeza de los otros para describir los desechos últimos del basurero capitalista, un oscuro espejo en el que mirarnos y reconocernos a mitad de camino entre el naufrago desahuciado y el buscador de tesoros bajo el fango de Payatas o Port Moresby.

Jorge Nagore

Solo valoré de verdad todo lo que había leído de Charles Bukowski, todos aquellos cuentos machistas, misóginos, enfermizos, brillantes, alcohólicos y humanos cuando tras todos esos títulos impactantes al menos en sus ediciones castellanas finalmente leí *La senda del perdedor*. Entonces comprendí o cuando menos me hice una idea de quién podía ser ese tipo que escribía como supongo que debe de ser disparar, antes de que internet nos permitiera a todos ser los más listos, sabios, informados e inútiles de todas las generaciones que han existido. No pienso levantarme a mirar cómo empezaba *La senda del perdedor*, pero mi memoria, que a fin de cuentas es la que vale si con ella no quieres ganar concursos, me dice que era algo así como «lo primero que recuerdo es estar debajo de una mesa». Hace varios años que leí *Atrapados en el paraíso* y no la he vuelto a leer, ni pienso, para teclear estas líneas. Solo tengo el recuerdo, directo, ameno, real, duro, de haber leído algo que me explicaba cómo era ese escritor que tanto admiraba a Bukowski y Fante y que se llamaba Patxi Irurzun. Si no hubiese leído *Atrapados* y posteriormente *Dios nunca reza* podría llegar a creer que Irurzun es el clásico comemierda que va de maldito o de bruto –o de algo– y que en realidad no es más que un niño pijo de ciudad que ha tenido la suerte de nacer en uno de los trozos de tierra más afortunados del hemisferio más afortunado y que utiliza la literatura y la pose para lavarse la conciencia. Pero he leído esos dos libros y leeré este de nuevo cuando

vea la luz y con eso me basta para entender a Irurzun, al menos todo lo que hace falta entender a un escritor: es de verdad. Un escritor, un artista de la clase que sea, no tiene que ser un ser humano, no hace ninguna falta. Pero, si lo es, queda el consuelo de saber que las amargas, divertidas y preciosas palabras que corren persiguiéndose en *Atrapados* hasta firmar una colosal obra de viajes en eso con lo que ahora los periodistas se llenan la boca de ir, vivir, ver y contar –como si se hubiese descubierto algo– no son una impostura, sino algo que está dentro de él y que él mastica antes como persona pero que el escritor tiene que sacar sea como sea, en ese anhelo que Elliot Murphy llama «ser entendido». Y permite además regodearse con sarna y expectación en todo lo que aún es capaz de ofrecernos alguien que escribe como dispara y que dispara a quien hay que disparar, ese que a veces con extrema dureza y a veces con una ternura y precisión infinitas parece estar siempre debajo de algo, viéndole el envés a las cosas y a las historias para mostrárnoslo a los que llevamos la mirada demasiado fija en lo que hay encima de la mesa.

Vicente Muñoz Álvarez

De entre todos los muchos y buenos libros de mi hermano Patxi Irurzun, me quedo sin duda con este, *Atrapados en el paraíso*, un maravilloso y nada convencional diario de viajes por Filipinas y Papúa Nueva Guinea, donde cristaliza lo mejor del autor: crítica social, ironía, humor, picaresca y sensibilidad… Recuerdo perfectamente cuando, gracias al premio de El País-Aguilar (que consistía, nada más y nada menos, que en seis mil euros para gastar en un solo viaje), Patxi se embarcó en esta aventura… Y la emoción que me produjo tiempo después leer sus andanzas… Podía haber viajado con ese dinero a cualquier lugar del planeta, pero lo hizo, con un fotógrafo, al basurero de Payatas, en Manila, para escribir sobre ratones y hombres, y a Papúa Nueva Guinea después, como una especie de coronel Kurtz hacia el corazón de las tinieblas, con la imagen fija de

una mujer (su mujer), como brújula, en las retinas y el alma… Todo lo cual, sabiamente reciclado por su pluma, dio lugar poco después a *Atrapados en el paraíso*, como digo, mi libro favorito de Patxi y el que quizás más urgía rescatar. Brindo, pues, por su reedición.

Club de lectura de Cirauqui-Zirauki

Una historia que nos atrapó, por su crudeza y realismo.

Esteban Gutiérrez

Atrapados en el paraíso es, además de un apasionante libro de viajes a ciudades-basurero de Filipinas, un diario personal en el que Patxi Irurzun desnuda su alma en una época fundamental de su vida. Conjugar ambos aspectos en la narración, hilarlos de modo que una y otra lectura se complementen, es el gran secreto del libro y nos permite admirar la técnica y la calidad literaria del autor pamplonés.

Gsus Bonilla

…De gratis, que no es lo mismo que ir de gorra, ni estar de balde

¡Asombrosos viajeros! ¡Qué nobles relatos
Leemos en vuestros ojos profundos como los mares!
Charles Baudelaire, EL VIAJE (Poema nº 126 de las Flores del mal, 1861)

Recuerdo que por entonces empezábamos con la ilusión del principiante, para poner en marcha la revista de narrativa breve Al Otro Lado del Espejo, que editaba la Asociación Cultural sin ánimo de lucro La Vida Rima. Fue mi colega el escritor Esteban Gutiérrez Gómez quien nos puso sobre la pista de Patxi Irurzun; sobre el rastro

de un menda –decía– que resulta premiado en un certamen literario, que recibe nada más y nada menos que seis mil pavos del ala y gratificación, con la obligación de fundirlos en un próximo viaje, ya sea de placer o de lo que le plazca; y que el sujeto en cuestión –decía– decide cumplir con el compromiso, ni más ni menos que presentándose en la cúspide de Payatas, una mole de desperdicios, como el espejo donde se refleja la cara de la miseria humana, en uno de los barrios más desgraciados de la ciudad de Manila en Filipinas, y quizá del mundo, a miles de kilómetros de su Navarra natal. *Atrapados en el paraíso* narra, y de qué manera, aquella odisea.

Pero yo lo que he venido a contar aquí es que a nosotros este escritor contracorriente nos obsequió, para aquel número cero de la revista, con otro hostiazo para la conciencia del hombre. Un texto de nombre *Bangkok, ciudad mercadillo*, ciudad a la que su autor había viajado posteriormente gracias a otro concurso de relatos (el premio era ese) con un relato cuyo eje principal era Cuba, país que también visitó gracias a otro premio por el libro que nos ocupa ahora, reeditado para nuestro gozo y recreo. Posiblemente la intrahistoria, también la moraleja, de todo esto es que Irurzun va de aquí p'allá de gratis, que no es lo mismo que ir de gorra, ni estar de balde, porque todo tiene un precio, casi siempre alto; y yo digo, que este tipo tiene por norma reintegrar su fortuna y, a veces, pagar la última ronda, porque generoso es un rato. Supongo que ya lo sabréis, que lo hace siempre; ejecutando la deuda en forma de narraciones y relatos, contándonos las asperezas del Mundo, el de la carne y el hueso; y esta sí que es la realidad, lo que cuesta y, para mí, lo único que importa.

Joaquín Carbonell

Me dijeron que los pamplonicas viajan poco; en realidad son ellos los que reciben a los viajeros. Sin embargo conocí a un muchacho aparentemente confiable pero 'intrometido', y me contó que había estado en Cuba y por ahí. ¡Joder, yo no he estado en Cuba y soy de

Aragón! Me pasó algunos de sus libros, por ejemplo *Dios nunca reza*, y de inmediato comprendí que nos íbamos a entender con pocas palabras, que es la dialéctica favorita de Patxi. Desde entonces nos llevamos bien, le admiro por su eficacia, le envidio por su bulimia literaria y le quiero por su flemática paciencia ante el camión de la basura. Es un señor.

Daniel Sancet Cueto

Lo leí hace unos años y, desde entonces, se lo he recomendado a todo el mundo. De entrada he de decir que no me gustan los libros de viajes pero este es diferente, es el mejor libro de viajes que se haya escrito nunca. Es un libro de viajes escrito con las tripas. Y con los genitales. Y con el alma. El genial Irurzun nos introduce en su universo pamplonica y nos traslada a Manila y Papua Nueva Guinea con una prosa ágil y cercana que te atrapa desde el minuto uno. Crítica social, experiencias intestinales y risas por todos lados. Yo siempre me he declarado fan enloquecido del Patxi basurero, del que tiene la polla más grande del mundo, del que usa peluca, del cuentista que sabe que dios nunca reza, hasta del Patxi que tiene un cangrejo. Siempre fan de esa suerte de timidez que se despelota sin tapujos en todas y cada una de las palabras que escribe. Hay dos tipos de genios, los detestables y los que quisieras tener a tu lado para conversar con ellos, sin duda Patxi es de estos últimos. Un genio pero también un mentiroso: en cierta ocasión me dijo que le había hecho cumplir el sueño de ser una estrella de rocanrol. Mentira, mentira podrida. Él no solo había sido ya una estrella del rocanrol, sino que era toda una leyenda en una aldea a miles de kilómetros de su Pamplona natal. De eso y de mucho más habla el paraíso en el que Patxi se pierde para encontrarse.

En esta oportunidad de manchar de tinta un libro de Patxi, no puedo evitar decirle mirándole a los ojos que le admiro. Te admiro, amigo, y lo hago con la más absoluta sinceridad. Que siempre

tengamos la oportunidad de compartir nuestro tiempo. Salud y libertad.

ALEJANDRO PEDREGOSA

De Patxi y el paraíso

Patxi Irurzun, visto de cerca, tiene una mirada tímida y una sonrisa siempre a medio hacer (quizá porque sabe que «las cosas serias» residen finalmente en la ironía). Tiene también un hablar pausado, una conversación inteligente y esa franqueza austera que el tópico les cuelga a los navarros (siempre que no dirijan una consejería de economía, claro).

Cuento todo esto porque yo conocí a Patxi antes de leerlo, y eso ni es común ni es baladí.

La lectura de un libro, inevitablemente, nos lleva a conformar una imagen (a menudo distorsionada y fallida) del ser humano que lo ha escrito. Deseamos que aquel escritor cuya pluma admiramos participe además de ese dechado de virtudes (humildad, sencillez, rebelión…) que con tanta fuerza nos transmite en sus obras. Pero, ay, que nuestro autor (si por desgracia llegamos a conocerlo) resulta ser un enfermizo ególatra más preocupado por rellenar constantemente su whisky que por las desgracias humanas. Eso también es literatura.

Pero yo me acerqué a la obra de Patxi sabiendo ya cómo miraba, de qué cosas se reía y cómo movía la cucharilla dentro del café (no iba a ser fácil engañarme). Abrí *Atrapados en el paraíso* y apenas había leído veinte páginas comprendí un par de cosas muy importantes: a) aquel cabronazo con 35 años ya escribía mejor que muchos que iban de figuras consagradas; y b) era un escritor trasparente: todo lo que yo había advertido en mis conversaciones con él se trasladaba de una manera clara y natural al papel. Su literatura era tímida (nunca buscaba el exceso), franca (iba directa a la verdad que le interesaba

transmitir: ¡ay, el basurero de Payatas!) e inteligente (con poco conseguía mucho). Pero sobre todo Patxi escribía como sonreía, a medio gas, con la ironía sobrevolando cada una de las páginas, riéndose de sí mismo y, por extensión, del viajero en general.

Diez años después de la primera edición regresa *Atrapados en el paraíso.* No sabemos (al menos yo no sé) si los dramas que Patxi y Josean (compañero de viaje) reseñaron en este libro habrán menguado o, por el contrario, pervivirán en la injusticia más lacerante. Sea como sea, diez años más tarde, siguen siendo buena literatura, siguen siendo testimonio.

Carlos F. Romero (Reseña en Con L mayúscula)

(…) No sé gran cosa de los libros de viajes, pero sí que me interesa más la visión del reportero del lugar que los datos antropológicos que me pueda facilitar que están bien para un estudio pero no para una crónica. En este sentido, Patxi Irurzun elabora una especie de diario personal, el día a día de dos blanquitos extraños en aquellos parajes. Los impedimentos continuos, la burocracia más kafkiana, las tensiones de la convivencia, se dan cita en estas páginas frescas, llenas de humanidad (…)

Carla Badillo Coronado

Patxi Irurzun es uno de los seres que me devuelve la fe en el mundo. Ganó un premio y decidió gastarlo todo en la expedición de un basurero –donde viven y trabajan alrededor de sesenta mil personas–, en busca ya no de la miseria sino de la dignidad. Un desafío que puede tomarlo, únicamente, aquel que sabe que todo viaje sin rumbo es una búsqueda, pero todo viaje consciente es una peregrinación. *Atrapados en el paraíso* es la historia de un hombre que peregrina hacia Payatas, el gran basurero de Manila, para encontrar los múltiples abismos que en él habitan. El viajero sabe que –aun trazando itinerarios tentativos– es el camino quien perfila el mapa (cartografía

a pulso); por ello acabará explorando –además– la remota isla de Papúa Nueva Guinea, al norte de Australia, con más de setecientas etnias distintas. Aventura, lucidez y buena prosa se juntan en este libro, donde el lector terminará, inevitablemente, siendo parte de ese peregrinar. No se equivocó Canetti al afirmar que «cuando viajamos lo aceptamos todo, la indignación la dejamos en casa. Observamos, escuchamos y nos emocionamos por las cosas más terribles, porque son novedosas. Los buenos viajeros son implacables.»

Quito, marzo de 2014

Francisco Javier Irazoki

Para Patxi Irurzun, a quien he querido abrazar desde que leí las primeras páginas de *Atrapados en el paraíso.*

París, 22 de agosto de 2009.

Dedicatoria del libro *Los hombres intermitentes*

Club de fans de Patxi Irurzun

Aunque en el Club de Fans somos más de sus historias *hardcore*, de las de a pie de calle y en nuestro entorno, Patxi Irurzun nos demostró al publicar *Atrapados en el paraíso* que era capaz de salirse de su género natural y adentrarse en los libros de viajes y de aventuras (o de desventuras, más bien) manteniéndose fiel a su estilo sincero y desenfadado, describiendo zarpazo a zarpazo el lado menos amable de la realidad de Manila, mostrando lo que no sale en las guías de viaje. Una vez más, un crack el tío Patxi.

Anexo II

Ulises III*

(Prólogo a la primera edición. Gobierno de Navarra, 2004)

Cuando leemos el facsímil de las *Glosas Emilianenses* en el exquisito museo del monasterio riojano de San Millán de Yuso, sentimos la emoción de asistir al nacimiento para la vida escrita de nuestros dos idiomas nutricios: el vascuence y el castellano. Idéntico estremecimiento es el que nos invade al escuchar el llanto bautismal del agua hermosa convertida en música verde virgen del río Urederra. El mismo sacudimiento gozoso que el de los idiomas y el del río, experimentamos cuando irrumpe a la luz pública un nuevo escritor: el pamplonés de 1969 Patxi Irurzun, que, al ganar el Premio a la Creación Literaria del Gobierno de Navarra de este año 2004, se convierte en narrador «existente», «visible» (es decir, legible), «nacido». Nacido porque queda inscrito en el exclusivo Registro Civil de las Letras, entrando de pleno derecho en el único registro inapelable que cuenta para un escritor, el del campo visual de sus potenciales lectores.

Patxi Irurzun ha tenido, evidentemente, varios pre-nacimientos literarios (un libro de relatos, *Cuentos de color gris,* y las novelas *Cuestión de supervivencia* y *Ciudad Retrete*, además del minilibro *El cangrejo valiente* y cientos de colaboraciones en diferentes soportes), pero ninguno de ellos fue recogido en el veleidoso Libro de Familia de Escritores con Premio que Aparece en los Medios. Así pues, nuestro autor nace y es bautizado en la fe literaria con las aguas lustrales de un importante galardón. Ya tenemos acta notarial de su existencia. Los miembros del jurado del certamen tuvimos el privilegio de asistir al alumbramiento de un nuevo río narrativo al que los geógrafos de la literatura llaman Patxi Irurzun.

La obra ganadora, *Atrapados en el paraíso*, está escrita en un estilo torrencial y fluido, a veces; sosegado e íntimo, otras, como suelen ser los buenos y fecundos ríos literarios, de tal manera que en este libro nada es convencional ni tópico porque sus páginas son el cauce por el que navega un escritor de prosa ágil, fresca, directa y trufada de un bronco lirismo donde cabrillea la trucha del humor haciendo vibrar en su piel todos los colores del arco iris.

Atrapados en el paraíso es un libro de viajes. Ante este tipo de obras, solemos repetir una frase torpe e injusta: «Este libro de viajes es tan bueno, tan ameno, que se lee como una novela». Si invertimos los términos de la proposición anterior, daremos en la diana de la agilidad mental y la justicia: «Esta novela es tan buena, tan amena, que se lee como un libro de viajes». Porque, ¿qué son sino maravillosos libros de viajes, entre otros ilustres precedentes, *La Odisea*, *Don Quijote de la Mancha*, *Ulises*, de James Joyce, y *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad?

Patxi Irurzun no escribe un libro turístico más. Quiero decir que rebasa con maestría el tópico manido del turista accidental y occidental con vocación de héroe de pacotilla cinematográfico con billetero rebosante de dólares. Por el contrario, el autor, como un Ulises desvalido y vudialenesco, antiheroico y vulnerable, se adentra por los vericuetos de lo que todo buen libro de viajes debe ser: una inmersión en las procelosas aguas del espíritu del propio escritor para realizar un periplo por la «noche oscura del alma», de tal suerte que esa odisea deviene itinerario alrededor de sí mismo, aventura iniciática, que tanto el autor como sus lectores terminan transmutados en seres nuevos y, sin duda, buenos, mejores de lo que eran antes de leer el libro.

Ruta quijotesca, *Atrapados en el paraíso* es un viaje al corazón de las tinieblas de los basureros de Manila, especialmente, el de Payatas, y a Papúa Nueva Guinea. Viaje homérico y joiciano, pero vuelto del revés, viaje-metáfora de la condición humana, viaje al centro de la tierra del hombre, de cualquier hombre. Viaje homérico y joiciano,

Dibujo para la primera edición del libro, de Juan Kalvellido,
recreando «El Ángelus» de Jean François Millet.

al fin, de tal suerte que, si *La Odisea* es Ulises-I y la obra de Joyce, Ulises-II, *Atrapados en el paraíso* podría ser Ulises-III, salvando y saltando por encima de épocas, idiomas, contenidos y calidades literarias.

Pero, hay más similitudes entre los tres Ulises, el troyano, el dublinés y el navarro. En la obra de nuestro autor hay un Ulises-Patxi y un largo recorrido (Navarra-Filipinas-Papúa Nueva Guinea), y un deseo del protagonista por regresar a su Ítaca del alma (Pamplona), y un Polifemo, Manila, con su único y tenebroso ojo de torva mirada fagocitadora de vidas humanas: el basurero de Payatas, donde sesenta mil personas trabajan, viven, aman y mueren. Hay cantos de sirenas y hasta un Dublín exótico y antidublinés, que aquí se llama Papúa… Y hay, no podía ser de otro modo, una Penélope-Malen, paciente y enamorada, que teje sus recuerdos con los hilos de la nostalgia y espera a Ulises-Patxi en Ítaca-Pamplona («Es necesario viajar lejos para darse cuenta de que el paraíso está en lo que tenemos cerca»).

Como en todo buen libro de viajes, en éste también abundan notorias muestras de humor, amor y horror, pero también puede leerse ese poema casi nunca premiado que es el de la solidaridad del autor con los seres marginados, con aquellos que no tienen más voz que sus miradas indefensas.

Hasta aquí la primera parte del libro, la de los basureros de Manila. En la segunda, se narran las andanzas rocambolescas del autor por el falso paraíso de Papúa Nueva Guinea. Si la capital filipina nos atrapó por lo que podíamos llamar «el estridente encanto de la marginalidad», el país papuano, con su belleza domesticada y fofa de anuncio publicitario, nos ofrece ese «discreto encanto de la burguesía» turística, que haría las delicias de un Luis Buñuel, surreal y corrosivo, dándonos imágenes de la belleza pánfila de los conocidos como «paraísos de los mares del sur». Que es lo que hace Patxi Irurzun en fotogramas de rica prosa y con el debido respeto al maestro aragonés. Por todo ello, más por ese plus de buena literatura que impregna cada capítulo del libro, larga vida a *Atrapados en el paraíso*

y a su autor. La misma que deseamos a los idiomas nutricios y a los ríos de música verde virgen.

NOTA. –Cuando este prólogo se escribe, aún no existe Telémaco, que nacerá a finales de octubre con el nombre de Hugo, fruto amoroso del regreso a Ítaca-Pamplona del autor-protagonista y de la paciente y dulce Penélope-Malen.

Ángel de Miguel
Consejo Navarro de Cultura

Anexo III

Poetas muertos
(Catálogo estival de personajes parisinos)

(Texto ganador del I Premio de relatos de viajes de El País-Aguilar)

Tour Eiffel

El hombre se dispone a ejecutar algo muy importante, vital, una cuestión de supervivencia. De manera que, tras carraspear, sacudirse las pelusas y la caspa de las hombreras de la americana y retorcer el pescuezo a los gallos que se estiran quiquireando en su coronilla, se encamina muy digno, mientras a su alrededor pestañean los flashes de decenas de cámaras fotográficas, a hacer lo que debe hacer. No le cuesta demasiado encontrar en el cubo de la basura un trozo de pan. Y todavía mucho menos devorarlo compulsivamente. Sí, el hombre es un pobre, un pobre parisino, y los flashes fotográficos no le retratan a él sino, a sus espaldas, a la Torre Eiffel, el tótem de la vieja, rica y civilizada Europa.

Campos Elíseos

La vieja, rica y civilizada Europa está sentada ahora en un encantador restaurante de los Campos Elíseos. Es una frágil anciana con pelo purpureado de pantén color, gafitas y ropas vaporosas, vestigios de un pasado bohemio pero nada sórdido, con mucho *charme.* Habla con el camarero con una voz que es como una campanilla. Y además en francés. Él le trae ensalada y jamón de york y «cafeolé». Cuando termina, nuestra ancianita suelta un eructo espantoso, tan espantoso que el resto de los clientes no nos atrevemos a volvernos, solo a mirarla de reojo a través de los espejos de la pared, incapaces de creer que de ese cuerpo tan delicado hayan salido dragones con

fuego en la boca, perros rabiosos, ristras de ajos y no, no puede ser cierto porque ella continúa allí sentada, tan entrañable. Hace sonar otra vez su campanilla para pedir al camarero un vasito de agua, *s'il vous plai*t.

Centro Pompidou

*S'il vous plai*t, me dice una chica a la salida del centro de arte moderno Pompidou. Está haciendo una encuesta y me pregunta qué exposiciones he visitado. No he visitado ninguna: hay que pagar y sé que no me van a interesar tanto como para eso. De modo que me hago el sueco, le digo que no entiendo francés, me pregunta si soy italiano y, finalmente, me deshago de ella en español. Me da un poco de vergüenza admitir que no he entrado a ver las obras de Chagall, Matisse, Braque… pero creo que deberían sentir más vergüenza todos esos que han entrado y no han entendido nada, todos los que se rascan la barbilla en un gesto que pretenden interesante cuando únicamente trata de ocultar un bostezo. Afortunadamente, en la plaza que se extiende frente al Pompidou hay caricaturistas, tragafuegos y un grupo de vietnamitas imitando a los Beatles. Uno puede reconciliarse con la cultura dando un paseo entre ellos. Unos metros adelante un chaval que ronda los veinte años, bien alimentado y limpio, pide limosna. Está sentado en el suelo con un libro en las rodillas y lee ensimismado, ajeno a la riada de gente que pasa a su lado. Olé, pienso. Sé que no tiene hambre, que es un subversivo. Lo que en realidad está mendigando es que en las escuelas no nos enseñen las fechas de todas las guerras, sino a entender a Chagall, Matisse, Braque…

Montparnasse

Baudelaire, Ionesco, Duras… Estos artistas, entre otros, están enterrados en el cementerio de Montparnasse, que es uno de los lugares que aparecen señalados en las guías turísticas. Sin embargo,

para una visita fugaz a la capital francesa como la mía, es necesario seleccionar los recorridos, y el culto a los difuntos siempre me ha parecido una manera cobarde de enfrentarse al dolor, el amor, Dios y la muerte. Todo lo que nos hace insignificantes y nos condena a la soledad infinita del ser humano, la soledad que provoca el hecho de que ningún otro ser humano sea capaz de desvelarnos estos enigmas. Así que consideré prescindible el peregrinaje a dicho cementerio. Todo cambió cuando supe que, además de los mencionados escritores, en Montparnasse se encontraba enterrado Guy de Maupassant. Eso es otra cosa. Daría todos los besos ensalivados, todos los dulces tragos de licor, los días soleados que almaceno en mi memoria por uno de sus cuentos, tan redondos, tan directos, tan sorprendentes… tan perfectos. Quizás Maupassant, depresivo, suicida crónico, torturado por su incredulidad en el amor y muerto en un manicomio, hizo ese pacto con el diablo. Y quizás lo hizo para toda la eternidad porque, deambulando en busca de su tumba, aparecen ante mis ojos varios personajes de esos con los que al escritor normando se le encogía el corazón y que, a la vez, nutrían sus magistrales relatos. Entre unas cuantas lápidas grabadas con la Estrella de David pulula con el ceño fruncido un siniestro tipejo de cabeza rapada. Sobre un panteón descascarillado, moteado con plastones de musgo y mariquitas, una pareja se acaricia mórbidamente. Y, tan solo a unos metros del lugar en que permanece enterrado Maupassant, un hombrecillo con una garrafa riega la tierra nerviosa y apresuradamente, como si atesorase el secreto que hace brotar flores de los ojos de las calaveras. La tumba del escritor, igual que la de los demás muertos célebres, es sencilla y pasa casi desapercibida. Pero a diferencia de Cortázar o Sartre, a quienes los visitantes dejan frases, poemas escritos sobre paquetes de tabaco o billetes de metro, solo dos mensajes de letra agusanada y emborronada por la lluvia reposan sobre los restos de Maupassant. Recuerdo que los Goncourt, que asistieron a su entierro, dejaron constancia de que, durante el mismo, sus amigos habían contado chistes verdes y macabras anécdotas fúnebres. Entonces comprendo

que no procede nada solemne sino, en todo caso, frívolo. Algo así como sacar una foto para después largarse. Y eso es lo que hago. No obstante, antes de salir del cementerio de Montparnasse, un gato negro se cruza en mi camino, clava sus ojos en mí y allá al fondo, como escombros hundidos en un charco del infierno, centellea la solución a todos aquellos enigmas: el dolor, el amor, Dios y la muerte. Pero es solo una milésima de segundo, después el gato da un salto y desaparece tras una tumba sin nombre.

Mercado de las pulgas

I

El gato negro, pantera de mentirijillas, demonio enmascarado, bolsa de terciopelo con siete corazones, se mueve sobre la mesa de antigüedades en el Mercado de las Pulgas. A cámara lenta, desliza primero sus patas, las estira prodigiosamente, multiplicando su longitud por tres. Acomoda después la almohadilla en huecos invisibles y su espinazo se curva entonces dulcemente, como una ola muriendo en la playa. Y así avanza, cruza la mesa sin rozar siquiera las regaderas, los quinqués, las figuritas de porcelana que se amontonan desordenadamente sobre ella. El gato negro es arrogante y exhibicionista, podría saltar la mesa, o pasar por debajo, pero prefiere que todos veamos sus movimientos elegantes y precisos. El gato negro es un poeta salvaje.

II

Unos metros más allá de los puestos de antigüedades y ropa usada, en una callejuela que limita el Mercado, hay grupos de hombres que hablan en susurros, que miran en todas las direcciones con pupilas que parecen pelotitas de goma. Ofrecen radiocasetes con los cables pelados, carteras usadas, relojes y cadenas de oro rotas. Otros hombres con gusanos sanguinolentos en la nariz, con pelos y barbas como arbustos secos, hombres que huelen a sudor, vino y orina, venden ropas apelotonadas y sucias, sillas paticojas, una raqueta sin cordaje…

cualquier cosa por el precio de una botella. Un tipo de bigote y tez aceitunada llega con un hatillo, lo extiende en el suelo y aparecen cintas de vídeo con fotos de mujeres desnudas. Llega otro como él, después otro, y después ya son cinco, diez, veinte… Se arremolinan, se empujan, gritan. Enfrente, en la otra acera, a algunos les esperan sus mujeres vestidas con caftanes floreados. Una de ellas lleva la cara cubierta por el chador.

Rue Mouffetard

Un joven obrero magrebí riega con una manguera la playa que, sí, está bajo las calles de París. Sobre la arena mojada, arrodillado, un compañero va colocando los adoquines en círculos. Algo más arriba, en la Place de la Contrescarpe, hay un par de viejos alcohólicos, un hombre y una mujer. Ella intenta bailar el cancán sin romperse en pedazos y después pasa la gorra a los turistas que beben cerveza en los cafés o esperan en los restaurantes griegos a que los camareros rellenen sus sandwiches con la carne picada de los enormes y giratorios trozos de vaca asada. El hombre está para menos trotes. Duerme la mona en un sillón polvoriento y desventrado. De repente, parece despertar de un mal sueño, se pone en pie tambaleante, se gira y expulsa los monstruos que pueblan su amago de *delirium tremens* con una cálida, dorada y prolongada meada. Los turistas sonríen, sacan fotos, alguno incluso aplaude. Lo que en las calles de sus pueblos o ciudades les parecería una marranada les parece bohemio en París.

Metro

París. Debo marcharme ya. Soy el único hombre blanco en la estación de metro. Sentada a mi derecha, hay una mujer con un punto rojo en el centro de la frente y dos niños hermosos, como solo lo son los hindúes. A mi izquierda, un anciano negro da cabezadas y, de pie, una pareja de japoneses consulta un plano. Hay turistas con planos en todas las esquinas de todas las calles de París. Resulta difícil oír hablar en francés allá arriba. Los parisinos parecen haber huido del

verano en la gran urbe hacia las playas. Abajo, en el metro, es más fácil, aunque siempre es un francés con acentos de colores. Como el de los camareros árabes, rumanos o italianos. O el de las chicas de la limpieza y el de los basureros negros. También son negros los cientos de emigrantes sin papeles que permanecen encerrados, varios de ellos en huelga de hambre, en la Iglesia de Saint Bernard, que está en un barrio que no aparece en los recorridos turísticos. La playa, para todos ellos, está debajo de los adoquines de París, capital de la vieja, rica y civilizada Europa.

Anexo IV

Mundo basura

(Reportaje publicado en el semanario Dominical)

En las grandes capitales de algunos países del mundo, como Filipinas, Guatemala o Madagascar, miles de personas nacen, trabajan y mueren en ciudades asentadas al pie de auténticas montañas de basura, en cuyas cimas, a pesar de las terribles condiciones de vida, ondea a menudo la bandera de la dignidad humana.

Manila (Filipinas). Payatas también existe

Dicen que desde algunos de los ministerios de Quezon City, uno de los 18 municipios que componen Metro Manila, es posible ver la gran montaña de basura de Payatas, donde cada día diez mil trabajadores (*scavengers*) se ganan la vida escarbando entre los desechos. Sin embargo es como si Payatas no estuviera ahí, como si desde esos ministerios lo único que se pretendiera ver fueran los rascacielos, la vieja ciudad colonial o los grandes centros comerciales, pues Payatas, ni siquiera aparece en los mapas de Manila. Pero Payatas también existe (de hecho alrededor de sesenta mil personas viven en esta zona de la capital filipina). Y como Payatas otros grandes basureros en las capitales del mapamundi de la pobreza: Antananarivo, en Madagascar, Ciudad de Guatemala… Un mundo basura, paralelo e invisible a nuestros ojos. Un mundo real. Con lo que nosotros, a veces caprichosamente, tiramos hay personas que sobreviven. Personas, familias que forman comunidades de miles de habitantes al pie de montañas de basura que son su vida, su trabajo y su muerte. Una muerte a veces trágica, como cuando en julio de 2000 la lluvia torrencial derrumbó una de las dos montañas de Payatas, en un alud que dejó cientos de víctimas.

Hoy esa montaña permanece cerrada y se han creado zonas de seguridad, que los militares que controlan la zona es lo único que muestran a las contadas visitas. Conseguir entrar en Payatas, sobre todo para la prensa, supone una interminable sucesión de reuniones con autoridades que niegan sistemáticamente los permisos. Hay, sin embargo, otras llaves de entrada al vertedero, como el Padre Joel, un joven sacerdote filipino, paúl, de aspecto frágilmente «johnlenoniano» y, sin embargo, una energía interior arrolladora con la cual ha construido en Payatas puentes, dispensarios médicos o una guardería que preside el retrato de un ilustre benefactor: el actor Martin Sheen, quien durante el turbulento rodaje de *Apocalypse now* tuvo tiempo, además de para beber y drogarse hasta el infarto, sensibilizarse con la realidad filipina más dura.

Una realidad que no impide que cada año miles de personas sigan llegando hasta Manila desde las más de siete mil islas que componen Filipinas en busca de una oportunidad. Metro Manila, sin embargo, como la mayoría de las megalópolis, es un monstruo descorazonado cuya recompensa para estos soñadores es el gancho de metal con el que los *scavengers* desgarran bolsas de basura. Un monstruo de pesadilla en la cual las hermosas terrazas de arroz de sus aldeas natales, en Luzón, de repente aparecen en Payatas convertidas en bancales de plástico y latas oxidadas; en la que las plantaciones de caña de azúcar que cortaban en Las Visayas son sustituidas por haciendas de desperdicios; en la que la niebla de las montañas de Mindanao se transforma en una cortina de gas a cuyo calor las mujeres cocinan tripas de pollo y donde los cristalinos riachuelos son aguas negras en las que se sumergen buscadores de cobre u oro.

Porque en los basureros es posible encontrar, reciclar, transformar cualquier cosa. Incluso oro. Como si de auténticos pioneros del *Far West* se tratara cada día algunos *scavengers* buscan el preciado metal en el torrente de jugos lixiviados que supuran las montañas de basura. Y al igual que en las películas del salvaje oeste, de vez en cuando llega a Payatas un avaro tasador al que ofrecen sus hallazgos como

si de su propia vida o la única esperanza de escapar a ella se tratara. Por otra parte, la basura, además de jugos lixiviados, genera también lo que allá denominan *biogás*. Pequeños agujeros en el suelo a través de los cuales la emisión controlada de metano permite cocinar o calentar el agua. Es, sin embargo, al reciclaje de cartón, que apilan y venden al peso, o plástico, que lavan en los arroyos próximos, a lo que fundamentalmente se dedican los *scavengers*.

Para conseguirlo desgarran con sus ganchos las bolsas que vuelcan los camiones, en un tráfico ininterrumpido, día y noche. En ocasiones incluso se juegan la vida, aproximándose demasiado a las grandes ruedas o apurando demasiado la búsqueda cuando las excavadoras apisonan los miles de toneladas (555 camiones diarios) que conforman una montaña de basura de 25 metros de altura.

La vida en Payatas es, pues, de una dureza que no se corresponde en absoluto con la amabilidad y la tranquilidad de sus pobladores; o con su alegría. En muchas de las precarias casas de latón, de hecho, no es extraño ver un billar, o un karaoke, en el que al término de la jornada los *scavengers* se enjuagan las gargantas con ron para destrozar con cierta dignidad canciones de Bon Jovi o Tom Jones. Y es que, en definitiva, en los basureros la gente no solo sufre o muere, además –como en el resto del mundo– se casa, ve la televisión, canta… En los basureros, en definitiva, la gente sonríe, y trabaja, y convierte la dureza de ese trabajo en algo digno.

Ciudad de Guatemala. El Bulevar del Zope

«El basurero es una bendición para nosotros, los pobres», dicen a veces los *guajeros* del basurero de Ciudad de Guatemala.

Los *guajeros* son los *scavengers* de esta urbe de más de tres millones de habitantes que cada día genera mil doscientas toneladas de basura, las cuales dan trabajo a miles de familias. Hasta cuatro generaciones de *guajeros* se han ido sucediendo en el basurero, desde que en 1952 comenzaran a acumularse desechos que han ido conformando una pequeña ciudad, otra ciudad basura, en pleno corazón de la capital

guatemalteca: en El Bulevar del Zope, como llaman ahora a este lugar de la Zona 3.

Los *zopes* son los zopilotes, las aves carroñeras que sobrevuelan los camiones de basura cuando vacían su carga y con las que a menudo los *guajero*s deben de disputarse el botín; los mismos zopilotes que a veces cazan, amordazan y hacen volar como cometas los niños del basurero, muchos de ellos vestidos con una camiseta del Barça. Porque si en Payatas no falta el karaoke en toda chabola que se precie, en El Bulevar del Zope es la televisión, y el fútbol en particular, quien se enseñorea. Y la mayoría de los *guajeros* son del Barça; y si no de los Chicago Bulls. La Mara Bulls se llama, de hecho, una de las bandas de mareros o jóvenes pandilleros, cuyo rasgo distintivo es una gorra de este equipo de la NBA. Una gorra por la que están dispuestos a matar o morir y cuyo precio aparece marcado en sus costillares, que no dudan en mostrar orgullosos con las muescas de las balaceras.

Ciudad de Guatemala es una ciudad peligrosa, hasta tal punto que en ella, como bromean sus habitantes, la enfermedad que provoca más muertes es la «plomonía». En el basurero de la Zona 3 los mareros, por ejemplo, ocultan sus armas de fuego bajo la basura. La misma basura en la que es posible ver revolviendo a los huelepegas, los niños que recomponen, esnifando pegamento, los pedacitos de sus corazones rotos por la pobreza, el hambre y el frío.

Pero incluso una ciudad, un basurero peligroso puede ser una bendición, una oportunidad cuando no se tiene nada que perder. Para la mayoría de los *guajeros* esa oportunidad es un trabajo sencillo que les permita sobrevivir. Por ejemplo reciclando frascos de Chanel y rellenándolos con una colonia que son los posos de mil colonias; o haciendo lo mismo con tubos de Colgate; o tal vez sometiendo a una cirujía plástica, nunca mejor dicho, a muñecas compuestas con brazos, piernas, cabezas de otras. De esta manera algunos consiguen incluso ganar lo suficiente para pagarse un pasaporte a los Estados Unidos, donde a veces les espera la bala con su nombre que consiguieron esquivar una y otra vez en El Bulevar del zope. Y es

que a menudo la siguiente parada en el autobús de los sueños es, en «Los Estados», como llaman a esta tierra prometida, un trabajo como sicario, un trabajo arriesgado en el que la vida, y más la de un espalda mojada, no tiene ningún valor. Ni siquiera el de una gorra de los Bulls.

Claro que también hay quien no debe viajar a «Los Estados» en busca de su oportunidad, quien en la propia Ciudad de Guatemala ha conseguido enriquecerse gracias a la basura. Son los intermediarios, muchos de ellos antiguos *guajeros*, que, en pleno boom del reciclaje, consiguieron los contactos adecuados en fábricas y los cuales ahora solo regresan al basurero para fijar los precios del cartón, el aluminio o el plástico. Quizás incluso cada vez que estos intermediarios tengan ante sus ojos el vertedero puedan experimentar lo mismo que cualquier persona que no ha nacido en una de ellas siente cuando presencia una ciudad basura: una sensación de incredulidad que coloca una barrera ante sus ojos, como si aquello no fuera cierto, como si se tratara de una película, una ficción que solo rompe el intenso olor, un olor que es como si uno de esos zopilotes se introdujera en el estómago y batiera allá dentro sus grandes alas.

Antananarivo (Madagascar). La escalera de la pobreza

Todas las ciudades basura se parecen. Los niños mendigos que en el vertedero de Antananarivo suplican «*l´argent, monsieur, l´argent*» podrían ser los huelepegas de Ciudad de Guatemala. Las muñecas «operadas» de El bulevar del Zope se corresponden con los cochecitos de juguete, montados con alambre, láminas de hojalata y tapones de botellas en el basurero de la capital de Madagascar… Los *pinoys* filipinos, los indígenas guatemaltecos, los malgaches, todos ellos, tienen la piel oscura, curtida por un sol de justicia que los alumbra por igual. Sus rasgos se asemejan tanto que a veces resulta difícil distinguir, ubicar en este mapamundi de la pobreza, sus rostros.

Antananarivo, sin embargo, Madagascar (Africa, en suma) a pesar de todas estas similitudes, está un peldaño más abajo en la vergonzante

escalera de la pobreza. La referencia la dan los zapatos; o la ausencia de zapatos. Mientras que en los vertederos de Payatas o Ciudad de Guatemala es muy difícil ver a alguien sin zapatos, en Madagascar nueve de cada diez personas caminan descalzas. La expectativa de vida en el país es de 58 años, que se reduce considerablemente para quien trabaja y vive de la basura. A pesar de que su aspecto pueda parecer saludable, de que la carga constante de grandes fardos de cartón o de pilas de neumáticos viejos espante la más mínima pizca de grasa y uniforme también los cuerpos musculosos de los *scavengers* de diferentes lugares del mundo, su salud está expuesta desde niños, incluso desde el embarazo, a los rigores de los gases generados por la basura (son frecuentes las malformaciones en los bebés), a enfermedades como la lepra, tuberculosis, e incluso a afecciones que son menores en nuestro primer mundo pero se convierten en mortales en un vertedero. Y así mientras nosotros caminamos por las inmaculadas galerías comerciales comentando que Bisbal y Chenoa han desayunado juntos un cruasán, en el basurero de Antananarivo dos niños han amanecido muertos por una simple diarrea.

En Antananarivo, por cierto, a pesar de ser una ciudad de más de un millón de habitantes, no es fácil encontrar un gran centro comercial, y mucho menos un cine. La principal atracción son las misas del Padre Pedro Opeka, que reúnen a miles de personas que cantan y bailan durante horas. El Padre Pedro Opeka, un argentino que, al igual que el padre Joel en Payatas –ambos son paules–, realiza un admirable trabajo en el basurero de Antananarivo, es toda una institución en Madagascar y su labor es tan reconocida que incluso ha obtenido premios como el Nobel misionero. Su fama e influencia no le impiden, sin embargo, remangarse la sotana para lo que haga falta, lo mismo para estamparle un bofetón a un trabajador del basurero que ha maltratado a su mujer que para redactar cartas a mandamases internacionales en las que denuncia que Madagascar es un país al borde de la guerra civil o las condiciones extremas de pobreza de sus habitantes. Los pobres de Antanararivo, los pobres

más pobres de Antananarivo, como los del basurero, carecen de dispensarios médicos, puentes, e incluso jabón, que deben fabricar ellos mismos moliendo huesos de cebú…

Todo se aprovecha en un basurero. Todas las ciudades basura se parecen. Porque la basura es, en definitiva, en todos los lugares del mundo, una especie de ser vivo, un gigantesco animal doméstico que nosotros abandonamos despreocupadamente en la calle y al que alguien –*guajeros, scavengers*– amansa antes de que se asilvestre y nos devore, o que, cuando no queda otro remedio, entierra al pie de lejanas montañas de basura para que no nos asfixie el olor de su cadáver.

Los *guajeros*, los *scavengers*, solo se nos hacen visibles en fotografías o documentales, pero existen, y son imprescindibles, por una parte como fuerza que desempeña un trabajo necesario para un mundo que genera cada vez más basura, de todo tipo, y por otra y principalmente como personas. Porque toda persona tiene derecho a que se le mire a los ojos. Aunque sea a través de una fotografía.

Anexo V

El mundo de *Atrapados en el paraíso* en otros textos del autor

La bella y la bestia echan un casquete en el basurero*

La atormentada historia de amor de la guitarrista superputa y el fan que recorría medio mundo persiguiéndola con una polla de goma en la visera fue consoladora –nunca mejor dicho–. Comparándome con Cornelius, y a pesar de que a él le faltaran dos hervores, lo mío con Janis me parecía una tontería, de modo que me relajé un poco durante varios meses, seguí con mis películas y bajé el pistón en mis salidas nocturnas con François Elisalde, que sustituimos por largos paseos por los suburbios de Manila los días de descanso semanal en el Petit Bayonne.

Elisalde, quien resultó ser una caja llena no sé si de sorpresas o de bombas, echaba a andar, o se subía a la buena de Dios en los *jeepneys,* los coloridos taxis colectivos, y dejaba que estos o nuestros pies nos llevaran a barriadas chabolistas, a campamentos de latón de quita y pon sobre una vía de tren, a montañas de basura en los grandes vertederos a cielo abierto, a muelles abandonados en los que se veía, sumergidos en un agua negra alquitranada, a adolescentes rebuscando no se sabía muy bien qué entre ratas y peces despanzurrados, bolsas de plástico a la deriva, botellas vacías y sin mensajes de ningún náufrago, porque para náufragos ya estaban ellos…

Al principio a mí me daba repelús toda aquella inmundicia, e incluso aquellos que vivían, literalmente, sobre ella, no entendía cómo podían resignarse a eso, pero después me fui acostumbran-

* Capítulo de la novela *'¡Oh, Janis, mi dulce y sucia Janis! Memorias de una estrella del porno (amateur)».* (Eutelequia, 2011/LcLibros.com, 2013).

do: a Elisalde le gustaba charlar con los *scavengers* o recicladores de basura de Payatas o Tondo, con los niños mendigos de Intramuros, con los pescadores de Navotas… y, escuchando a todos ellos, yo comprendí que en realidad los pobres no podían elegir, no se trataba de resignación, sino de supervivencia, y esta no siempre consistía, exclusivamente, en ganarse las alubias de modos más bien penosos, sino también en descojonarse un poco todos los días, beber un vaso de ron, cantar una canción en el karaoke, volver achispado a casa, acostarse y tocarle un poco el culo a tu mujer, cerrar, en definitiva, los ojos y que al día siguiente volviera a brillar el sol…

Aunque para ser sincero, también creo que me acostumbré a todo aquello un poco a la fuerza, pues muchos días Elisalde desaparecía repentinamente y yo le esperaba compadreando con los pescadores, los pedigüeños o los *scavengers,* invitándoles a sanmigueles y ron Bustamante en los billares o cantando temas de Bon Jovi y de Scorpions en los karaokes.

Había billares y karaokes, por cierto, en cada esquina de la ciudad, incluso en los baruchos de los vertederos, construidos con chatarra y cartones sobre un suelo de basura compactada por las excavadoras, como aquel de Payatas, donde una vez, esperando a Elisalde, bebí hasta caer redondo.

Payatas era el mayor basurero de Manila, en el que cada día quinientos camiones vaciaban sus vientres llenos de una hez que alimentaba a miles de personas que vivían allá mismo, en casitas levantadas sobre diferentes montañas de porquería humeante de más de veinticinco metros de altura.

La primera vez que vi aquel lugar quise salir corriendo, regresar a nuestro condominio –cuyo edificio, al igual que el de los ministerios, la bolsa, los grandes centros comerciales, se distinguían desde Payatas en un horizonte de *smog* contaminado, cosa que curiosamente no sucedía al revés: desde los rascacielos no se veían, o no se querían ver, las barriadas de chabolas, las ciudades-basura…–, quise, sí, volver cagando leches al búnker para poner en el video alguna de mis

películas, en la que yo apareciera bebiendo una botella de champán directamente escanciado desde los pechos de una puta con collar de diamantes y bragas de encaje de Christian Dior. ¿Qué se me había perdido a mí en aquel lugar tan horrible, qué necesidad tenía de soportar aquella peste, a aquella gente desdentada y llena de heridas infectadas que me miraban como si fuera un puto marciano?, me preguntaba, y aunque siempre me juraba que nunca más lo haría, cada semana acompañaba a Elisalde en su descenso a los infiernos, no sabía muy bien por qué, quizás porque donde yo me sentía realmente un marciano era tirándome todos los días a aquellas tías tan buenas o mirando los cheques con mi nombre y todos esos ceros. No acababa de creérmelo, necesitaba romper la burbuja, salir de ella para mirarla desde fuera, y la mejor manera de hacerlo era pisar tierra firme, o mejor todavía, pisar detritus, basura, mierda pura…

Vamos, que yo no era precisamente la madre Teresa de Calcuta, no visitaba lugares como el basurero porque me importara o sintiera solidaridad por la gente que vivía allá, al contrario, lo hacía por puro egoísmo, para darme cuenta de lo de puta madre que vivía. En cuanto a Elisalde, no sabía cuáles eran sus motivaciones, pero no tardaría en descubrirlas.

Primero fue, de una forma premonitoria, el día que bebí hasta perder el control en Payatas. Elisalde, una vez más, desapareció, me dejó colgado con cuatro borrachines en un karaoke (por si todavía no ha quedado claro, en Payatas un karaoke era una chabola con paredes de hojalata y el suelo de tierra, en mitad de la cual había plantado un televisor con dos cables, uno para el micrófono y otro del que colgaba un libro de hojas sobadas con una lista de quinientas o mil canciones, cuyas letras iban apareciendo en subtítulos en la pantalla, sobre un fondo de fotos de tías jamonas en bikini; el resto del *atrezzo* lo componía una nevera con algunas latas y botellas de licor y una señora con un delantal con bolsillos en los que iba metiendo las monedas que le daban los artistas, tres o cuatro franksinatras de barrio pedos perdidos); pero, a lo que íbamos, aquel día Elisalde se

había largado –la última vez que lo vi estaba pegando la hebra con un tío algo barullas que decía pertenecer al sindicato de *scavengers*–, así que yo pensé «Ya volverá», y me pedí un ron, e invité a otro a la parroquia, incluido un tipo al que había estado evitando, pues se había empeñado en que cantara «Bésame mucho» (la única canción en español del repertorio) y que era, sin duda, uno de los dos tipos más feos que había visto en mi vida, una especie de hombre elefante, con los huesos del cráneo desmesurados, granos supurantes y una boca de dientes negros que parecía la rejilla de una alcantarilla, desde la que subía un olor hediondo, incluso para un lugar como el basurero, un pelma insufrible, al menos durante los tres o cuatro primeros vasos de ron, luego recuerdo que me repetí muchas veces aquello de «Ya volverá», con sus correspondientes lingotazos, y que finalmente accedí a cantar la dichosa canción, «como si fuera esta noche la úuultima vez», y de reojo veía cómo a la puerta de la chabola se iba apiñando un grupo de curiosos, primero algunos niños, después sus padres, al final resultó que había allá casi cien personas, todas descojonadas de la risa, «El guiri está borracho, el guiri está borracho», supongo que se avisaban unos a otros, y tenían razón, yo estaba como una cuba, de repente salía del karaoke y rebuscaba entre el basural, encontraba un maniquí desmembrado, volvía con él bailando al karaoke, y con todos los niños de Payatas siguiéndome los pasos, como si fuera un flautista de Hamelín, solo que yo en vez de una flauta soplaba ya directamente de la botella de ron, «que tengo miedo a perderte, perdeeeerte otra vez», y abrazaba al maniquí, lo arrojaba fuera del bar, volvía a salir a remover entre los desperdicios en busca de otro tito, un sombrero de paja, un juguete roto…

Así estuve, haciendo el ganso, un buen rato, hasta que anocheció, después ya no tengo muy claro qué pasó, creo que varios hombres a mi alrededor se peleaban por pagarme una copa, y yo trataba de complacerlos a todos, no lo sé, lo único que recuerdo nítidamente es el sabor a tierra y sangre en la boca, el relente de la madrugada en mi cara, yo despertando de la borrachera, tirado con la cara contra

el suelo, en mitad de la chabola, en la que ya únicamente quedaba la mujer del delantal, dormida en su silla, y las moscas zumbando sobre la pantalla del televisor, las catódicas y las de verdad, gordas, verdes, a cientos…

Me dolía la cabeza y tenía sed y ganas de mear, así que me levanté y salí del karaoke. Me alejé unos pasos y saqué el pajarito, y cuando empecé a orinar descubrí a mis pies un brazo, sobresaliendo entre cartones, botellas de plástico… Después se oyó un trueno a lo lejos, y un rayo iluminó el basurero. Comprobé entonces que hacía solo unas horas había estado bailando con el cadáver al que ahora regaba con una lluvia dorada, el cadáver de plástico de aquel maniquí descuajeringado que yo había desenterrado. Después hubo otro relámpago, y entonces fue cuando los vi también a ellos dos, el hombre elefante, alejándose de la chabola, acompañado de una chavalita de unos quince años, que rodeaba su cintura y le reía sus gracias de borracho con una carcajada como un cascabel.

Sentí una repentina curiosidad, me resultaba difícil creer que un *ecce homo* como aquel fuera capaz de despertar atracción, ni siquiera un morbo insano, en cualquier otro ser humano, mucho menos en una chica guapa como resultó ser aquella –lo comprobé en el siguiente relámpago, que pareció caer justo en medio de la bella y la bestia, la chica tenía un pelo largo y brillante, que mecía suavemente un viento en pijama, recién levantado, y en su boca llevaba una veta de luna; todo eso y el culo que gastaba, claro, redondito, duro, aquellas nalgas que se tensaban y destensaban trepando por las diferentes terrazas de basura de la montaña…–.

Les seguí a hurtadillas y no tardé en darme cuenta de que, pensara lo que pensara, aquellos dos iban a echar un casquete, les delataban las bromas que intercambiaban, el movimiento de sus cuerpos, como un baile de apareamiento…

La pareja, por fin, se detuvo en una de las lomas, casi en lo alto de la *smokey mountain,* una especie de mirador con una vista de lo más romántica: la montaña de basura humeante a sus pies, las bolsas de

plástico agujereadas ondeando como banderas de ejércitos vencidos, las torrenteras tintineantes de jugos lixiviados y aguas negras… Y de repente se miraron a los ojos, durante unos segundos, como si se hubieran visto por primera vez (no, la primera vez nadie se atrevía a mirar a aquel monstruo a los ojos, ella ya debía de conocerle, quizás era una fan incondicional de Sara Montiel), «Bésame, bésame mucho», pareció cantarle él después al oído, y ella efectivamente le besó, le besó mucho y con lengua, y justo en ese momento sobre sus cabezas se oyó rugir al cielo, como si estuvieran contraviniendo alguna ley de la naturaleza.

Yo reconozco que sentí también una mezcla de rechazo y mala hostia de un calibre semejante al de aquel trueno, y dirigida casi exclusivamente a aquel cabezón de hombre, en todas sus acepciones, era un sentimiento injustificado, animal, de nuevo el macho alfa marcando el territorio, incapaz de consentir que otro ejemplar de la manada, además deforme y con halitosis, tumbara a una de las hembras en edad de reproducción, pero de repente sucedió algo que me hizo cambiar completamente de idea, el hombre, aquella mala bestia, se quitó su camiseta, quedó desnudo, mostrando un torso lleno de bubones y quistes de grasa, y extendió aquella prenda, sucia y desgarrada, salpicada de sangre y pus, sobre el lecho de basura, lo convirtió repentinamente en un tálamo nupcial, sobre el que ella se tumbó como si lo hiciera sobre una manta de armiño, y abrió sus piernas, pude ver sus muslos de alabastro a la luz de la luna y los relámpagos, y al *ecce homo* hundiendo su rostro desfigurado entre ellos, abriendo la alcantarilla de su boca y liberando a través de ella un animal extraño, hermoso, una especie de pequeña serpiente, con la piel alicatada de piedras preciosas, que se introdujo en la vagina de la chica y masticó su clítoris como si fuera un chicle Bang Bang, lo estiró, lo infló, lo reventó, y con cada explosión de placer yo veía el cuerpo de la chica arquearse, sus pechos como pequeños planetas, y en el centro sus pezones que parecían principitos negros, y, sobre todo, aquella sonrisa esculpida en su rostro, que era la expresión de

la pura felicidad, Punset no tenía ni puta idea, la felicidad no es solo una sala de espera, en ella hay también una puerta y de vez en cuando la puerta se abre, vale, te despachan en un par de minutos, a veces en solo unos segundos, pero la receta que te dan allá dentro es suficiente para ir tirando unos días, unos meses, «Tú también has hecho feliz a esta gente, antes, en el karaoke», me decía después Elisalde, que había regresado, por fin, y no había venido solo, a sus espaldas había ahora un ejército de *scavengers,* alzando sus ganchos, sus pinchos, para remover basura, y estaban también todos los borrachos de todos lo karaokes de Payatas, y de toda Manila, con sus corazones desgarrados y macerados en alcohol de garrafón entre los dedos, convertidos en granadas de mano, y los niños que habían muerto en el basurero esa mañana por culpa de una diarrea, enarbolando sus pañales, como si fueran ondas, hasta el hombre elefante y su chica se sumaron a las columnas, él todavía con su enorme falo tieso, disparando balas de semen que volvían bellas a todas las muchachas a las que alcanzaban, yo también recibí un tiro en mitad de la frente, y también dejé de sentirme culpable por haber pensado unos segundos antes que el hombre elefante era un monstruo sin derecho a ser amado, ahora recordaba quién era el otro tipo, uno de los dos más feos que había visto en mi vida, era yo mismo, yo y mi ruindad, mi egoísmo, pero el hombre elefante me redimía con sus proyectiles de esperma, yo también podía formar parte de aquella horda de desheredados, que avanzaba hacia el corazón de Metro Manila e iba tomando los rascacielos, los centros comerciales, las iglesias y los polideportivos, y a nuestro paso se iban sumando más combatientes, vi a Janis, mi negrita –ella de nuevo, no era tan sencillo olvidarla–, la vi subida en un neumático, que era en realidad una prolongación de sus propias nalgas, sobre las que también cabalgaban Pancho Villa y Ramoncín comiéndose una paraguaya y meando en las caras de quienes se asomaban a las ventanas de los rascacielos, vi en una de esas ventanas a mi madre increpándonos y tirando todas mis cosas a la calle, mi ropa, mis discos, mis películas, y a Ronald Reagan vestido de vaquero,

abrazado a la muñeca hinchable con el rostro de Margaret Thatcher, extrayendo de la goma de su tanga billetes de dólar y arrojándolos a nuestros soldados, pero ellos no se dejaban comprar, quemaban, incendiaban, saqueaban, «A ver, los jarraitus de la calle Jarauta, aquí eso de *presoak kalera* no viene a cuento», trataba de mantener el orden en nuestra filas nuestro general François Elisalde, y todos juntos avanzábamos, llegábamos hasta el mismísimo palacio presidencial, donde cantábamos al unísono el himno, «Bésame, beeeeesame mucho», y los generales, los presidentes, los tertulianos de la COPE, al oírnos, se defenestraban locos de amor desde el balcón, dejaban libres sus tronos para que la escoria de la tierra y un grupo de refugiados políticos de Plutón nos tumbáramos sobre ellos a hacernos pajas y dormir, por fin, la mona de aquella borrachera purificadora de sangre y basura, de fuego y lefa.

* * *

Peteuve en los infiernos*

«No llores, mi trémula flor de loto equivocada, mi pequeño tifón de hormonas, no llores más», traté de consolar a Jocelyne, que se deshacía entre mis brazos como una magdalena untada en la mala leche de todos aquellos espectadores que se mofaban de ella todavía en el escenario, tras interpretar «Tengo rabas, tengo chopitos, tengo unas huevas bien aliñadas», que ella creía que era una canción del verano en toda regla y que todo hay que decirlo acometió con bastante poco tino y peor acento. Jocelyne siempre había querido ser artista y yo no era tan ingenuo como para saber que uno de los

* Pasaje del cuento *Peteuve en los infiernos* incluido en el libro de relatos *Cuentos sanfermineros* (Altaffaylla Kultur Taldea, 2005).

motivos que la habían decidido a dejar todo atrás, su familia, su país, era el sueño de convertirse en una rutilante y exótica estrella en algún lugar del mundo civilizado donde de verdad supieran valorar su talento, desperdiciado a golpes de cadera sobre la barra del bar Coyote (aunque también tuvieron algo que ver su propio país y su propia familia, puesto que ella y sus padres y los padres de sus padres y sus doce hermanos y su prole de sobrinos y hasta un gallo de pelea que esperaban que un día les quitara de pobres en las apuestas ilegales tenían que vivir hacinados en una chabola del barrio de Payatas, al borde mismo del gran vertedero de la ciudad). Lo cierto es que Jocelyne bailaba divinamente y sus golpes de cadera resultaban sensualmente mortales. El problema era su voz, como si su garganta fuera el único conducto a través del cual tratara de fugarse su lado masculino, ese hombre que desde pequeñita había aprisionado, amordazado, sepultado dentro de sí misma y que se había acabado convirtiendo en un camionero afónico y beodo circulando en dirección contraria. En los karaokes de Manila Jocelyne pasaba más desapercibida porque en realidad allá nadie cantaba para el resto del público sino para sí mismo. Era una especie de desahogo, de placer privado que los demás respetaban impertérritos. Yo mismo me había desgañitado en muchas ocasiones berreando temas de los Hombres G de tal modo que a mi lado David Summers pareciera Pavarotti sin conseguir que a nadie se le escapara una carcajada, que suele ser el premio de consolación en esas ocasiones para quienes tenemos menos oído que un orinal. En los karaokes de Manila, pues, el talento de Jocelyne ciertamente no era valorado. Por suerte para ella, que tenía menos oído que un orinal sin orejas. O tal vez por desgracia, pues eso le habría ahorrado tener que enfrentarse ahora a aquel público sanferminero que se mondaba de la risa a su costa.

«No llores, mi pai-pai de seda, tú que abanicas mi vida cuando se vuelve áspera y asfixiante», continué consolándola.

Ella tenía aquella capacidad, la de sacar de dentro de mí mi lado poético. En realidad era la única persona del mundo capaz de ha-

cerlo, más que nada porque no entendía nada de lo que yo le decía, y viceversa. Jocelyne hablaba conmigo en inglés, yo le respondía en castellano y sorprendentemente los dos nos entendíamos. El amor es como un diccionario, capaz de traducir los conceptos más complicados, incluso aquellos para los que resultaba difícil encontrar palabras, en cualquier idioma. Yo por ejemplo ni siquiera sabía cómo explicarme a mí mismo por qué me había enamorado de Jocelyne. A mí nunca me habían gustado los hombres (excepto Sandokán, con el que en mi adolescencia tuve algunos sueños algo confusos en los que el muy pirata abordaba mi cama, pero yo siempre lo justifiqué con la coincidencia de unos episodios de hemorroides internas) y Jocelyne, técnicamente, era un hombre. Yo, sin embargo, nunca pensaba en ello, ni siquiera cuando hacíamos el amor. Jocelyne me gustaba porque conseguía transmitirme una especie de energía oriental: respeto, prudencia, serenidad… Puede que suene recurrente, pero ella conseguía que me sintiera mejor persona (aunque a los ojos de los demás me hubiera convertido en un degenerado, un pederasta, un turista sexual). No sé, es difícil de verbalizar, casi tanto como lo debe de ser decir chopitos, rabas o huevas bien aliñadas en inglés. El caso es que me partía el corazón verla sufrir de esa manera y tampoco para ese dolor había palabras, de modo que dejé de soltar cursilerías y yo mismo terminé de chafar el café vertiendo varios amargos lagrimones.

«Ya te lo dije en Manila –me dijo Jose Mari, el viejo pelotari, al tiempo que nos agarraba a Jocelyne y a mí y nos sacaba del escenario de televisión, allá en el Paseo Valencia–. Mil veces te lo dije: que esa chica no te traería más que problemas.» (…)

* * *

¿Qué ha sido de ti, Jocelyne?*

Escribo este artículo por obligación. Por compromiso. Por moroso. Lo escribo aunque cada vez me cuesta más creer que escribir sirva para cambiar el mundo, al contrario que las personas con las que estoy en deuda (como el padre Julio Cuesta, que dirige el cotolengo de Montalbán, en Manila), personas que saben mucho mejor que yo cuánto hace falta que el mundo cambie y las recetas para ello.

Hace algunos meses un reportero del programa Callejeros (Cuatro) me envió un email. Había leído *Atrapados en el paraíso*, el libro que escribí sobre mi experiencia en el vertedero de Payatas (sesenta mil personas viviendo y trabajando en una auténtica ciudad basura, levantada alrededor de dos humeantes montañas de desperdicios de más de 25 metros de altura) y quería que le proporcionara algún contacto que le permitiera entrar a ese basurero, u otros como el de Tondo, en la capital filipina. Así lo hice y de paso sirvió para recordarme a mí mismo que desde que volví de Manila, en 2002, no había vuelto a saber nada de las personas que conocí en Payatas.

Como Jocelyne, la niña más lista del mundo, que debe de ser ya una jovencita. Hace siete años, Jocelyne atendía una pequeña tienda junto a uno de los puestos de control de entrada al vertedero. Vendía biscotes y bolsas de Pop-Cola a los soldados del *checkpoint* y también a los *scavengers* o trabajadores de la basura que rebuscaban entre esta cartón, plástico e incluso oro. Jocelyne era solo una mocosa pero sumaba y restaba a una velocidad de vértigo y nos corregía el fotógrafo que me acompañó en el viaje, y a mí, cada vez que le dábamos una patada a nuestro escurrido diccionario de inglés. A Jocelyne le gustaba estar con nosotros, los extranjeros blancuchos y «ricos», casi tanto como ver *Betty la fea* en su pequeño televisor o ir a la escuela algunas horas a la semana. Yo creo que soñaba con trabajar, como Betty, en una oficina, una de las que se veían desde Payatas, en grandes rascacielos desde los que, por el contrario, nadie

* Colaboración para *Diario de Noticias de Navarra*

veía Payatas; pero Jocelyne debía pasar la mayor parte del tiempo en su tiendita: su padre trabaja de sol a sol conduciendo una de las *bulldozer* que compactaban las toneladas de basura de la montaña; y su madre murió sepultada por estas en el año 2000, en el alud que enterró a más de doscientas personas.

No sé qué ha sido tampoco de Asunción, nuestra guía en el basurero, que siempre nos dejaba atrás cuando teníamos que ascender por las lomas y terrazas de basura, no importaba que tuviera sesenta años, a ella todavía le quedaba energía, cuando nos despedíamos cada tarde, para echar una mano en el sindicato de *scavengers*, o en la guardería, el rudimentario hospital (en el que cada día morían dos o tres niños, por causa de la tuberculosis, o una simple diarrea)… No sé tampoco qué ha sido del Padre Joel Bernardo, un doble filipino de John Lennon, que nos consiguió los permisos para entrar a Payatas, en un pulso con el Capitán Jaymalin, la autoridad militar…

El email del reportero de Callejeros era, por eso, una manera de recuperar el contacto con la gente de Payatas, con la que también me sentía en deuda (tenía cierta inquietud por saber qué les había deparado la vida, pero tampoco había hecho demasiado por averiguarlo).

Por supuesto, el reportero no habló con Jocelyne o Asunción…, él solo estuvo una semana en Manila, pero me proporcionó la dirección de dos personas que aparecieron en el programa y a las que escribí. Una de ellas era la madrileña Alicia Gimeno, quien me respondió algo sorprendida por la repercusión que había tenido su intervención en el reportaje: al parecer lo que más había llamado la atención a muchos de quienes la vieron no fueron las condiciones de vida de los *scavengers*, o ver a los niños trabajando (una de esas niñas, por cierto, podía ser la propia Jocelyne: cuando le preguntaban en el programa qué quería ser de mayor, contestaba que profesora, y después se giraba y se perdía entre el humo de la montaña de basura); no, lo que a mucha gente le preocupó fue que Alicia caminara calzada solo con unas chanclas por el vertedero.

La otra persona a la que escribí fue al sacerdote burgalés Julio Cuesta, quien tras tres años de trabajo en Payatas ahora dirige un cotolengo u orfanato a diez kilómetro del basurero. Tardó algo en responder, pero esto fue lo que, entre otras cosas, me contó: «Llevo dos semanas pendiente de uno de nuestros niños, ingresado en un hospital público; es un niño tetrapléjico, con problemas de epilepsia… Llegó a nuestro centro hace ocho años, le pusieron el nombre de K. Plaza porque apareció abandonado en esa plaza de la ciudad de Cebú… En el hospital le han tenido que someter a una doble operación (traqueotomía y gastrostomía)… Todo ha ido bien y hoy le darán de alta (mañana organizaremos una pequeña fiesta para celebrar su vuelta al cotolengo). Es tremendo el espectáculo de un hospital de niños donde muchas familias se ven en la imposibilidad de hacer algo por sus hijos enfermos porque no tienen dinero… Tienes que estar pendiente de las enfermeras que en cada momento te dicen la pastilla o medicina que necesitan para el enfermo… Antes de una operación te pasan la lista, con su precio correspondiente… y la operación no se hace si no has comprado las sondas, válvulas… y pagado hasta los últimos detalles (alcohol, guantes, cuchillas, agujas, uso del ventilador, esparadrapo, algodón, mascarillas, anestesia…)».

A ello añadía Julio, y también lo decía Alicia, que si yo realmente quería hacer algo por esos niños, y por Payatas, por Jocelyne, por Asunción… podía contar todo esto en algún periódico. Así que eso es lo que hago. Es solo una ínfima parte de la deuda, y sigo sin creer que en realidad sirva para mucho, pero debo hacer caso a quien sabe realmente qué es necesario para que las niñas más listas del mundo no se extravíen entre el humo de una montaña de basura.

PAMIELA
argitaletxea

Autor: PATXI IRURZUN ILUNDAIN

Título: ***Atrapados en el paraíso***

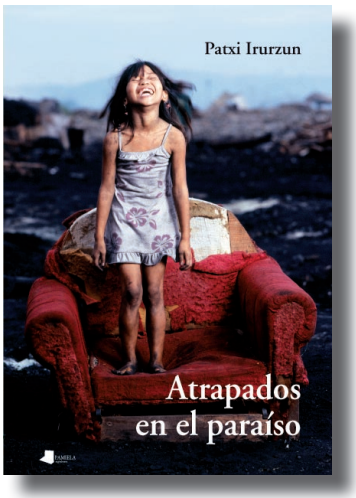
Edita: Pamiela

ISBN: 978-84-7681-842-8

21,5 x 15 cm • 256 páginas.

Encuadernación rústica con solapas

Precio: 18,00 euros



https://www.facebook.com/atrapadosenelparaiso

Pamiela

Polígono Ezkabarte, calle K, 31

31194 Arre (Navarra)

soltxate@pamiela.com

Tel. 948 32 65 35

www.pamiela.com